

NARRATIVAS DE LA GUERRA A TRAVÉS DEL PAISAJE



Centro Nacional
de Memoria Histórica



NARRATIVAS DE LA GUERRA
A TRAVÉS DEL PAISAJE

NARRATIVAS DE LA GUERRA A TRAVÉS DEL PAISAJE

María Luisa Moreno Rodríguez
Líder del proyecto e investigadora

Javier Rodrigo Díaz Melo
Relator e investigador

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Camila Medina Arbeláez
Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica

NARRATIVAS DE LA GUERRA A TRAVÉS DEL PAISAJE

ISBN: 978-958-5500-14-3

Primera edición: octubre de 2018

Número de páginas: 124
Formato: 24 x 17 cm

Líder Estrategia de Comunicaciones
Adriana Correa Mazuera

Coordinación editorial
Diana Gamba Buitrago

Edición y corrección de estilo
María del Pilar Hernández Moreno

Diseño y diagramación
Andrea Leal Villarreal

Ilustraciones
Manuel Moreno Rodríguez

Fotografías

Portada: © María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.
Ruinas del campamento de William Manjarrés, alias Adán Izquierdo, La Macarena (Meta), 2017.

Internas: © Javier Díaz Melo, María Luisa Moreno Rodríguez, Camilo Ara, Celia del Pilar Páez, César Romero Aroca, Andrés Suárez, Juan Pablo Luque y Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá para el CNMH. Jesús Abad Colorado, Alirio González y Juan David Ortiz.

Impresión
LEGIS S.A.

© Centro Nacional de Memoria Histórica
Calle 35 N.° 5-81
PBX: (571) 796 5060
comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co
Bogotá DC, Colombia

Impreso en Colombia. *Printed in Colombia*
Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar
Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), *Narrativas de la guerra a través del paisaje*, Bogotá, CNMH.

Este documento es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Centro Nacional de Memoria Histórica
Narrativas de la guerra a través del paisaje / Centro Nacional de Memoria Histórica, María Luisa Moreno Rodríguez, Javier Rodrigo Díaz Melo ; fotografía Camilo Ara [y otros] -- Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018.

124 páginas : fotografías ; 17 x 24 cm
ISBN 978-958-5500-14-3

1. Conflicto armado - Colombia 2. Violencia - Colombia 3. Víctimas de la violencia - Colombia 4. Memoria colectiva - Colombia I. Moreno Rodríguez, María Luisa, autora II. Díaz Melo, Javier Rodrigo, autor III. Ara, Camilo, fotógrafo IV. Tít. 303.660986 cd 21 ed. A1611457

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Contenido

Agradecimientos	7
Presentación	9
1. ¿En qué consiste el proyecto?	11
1.1. Montes de María	15
1.2. Territorio wiwa y Comuna 8 de Medellín	15
1.3. Pueblo nasa	17
1.4. La Chorrera	17
1.5. Río Bojayá	18
1.6. Puerto Torres, Florencia-La Macarena, Bajo Catatumbo, La Larga y Tumaradó, Río Vaupés, Sur de Antioquia y Páramo de Sumapaz	19

2. Paisaje, violencia y memoria	23
---------------------------------	----

3. Recorrer: una metodología para abordar los paisajes de la violencia	29
--	----

4. La memoria a partir de los paisajes de la violencia	37
4.1. Los árboles	38
4.2. Los cuerpos de agua	64
4.3. Las ruinas	77
4.4. Los caminos y los puentes	114
4.5. Las voces de los paisajes de la violencia. A manera de cierre	122

Referencias bibliográficas	123
----------------------------	-----

Agradecimientos

Desde el proyecto de investigación queremos expresar nuestro más profundo y sincero agradecimiento a todas las personas y organizaciones que hicieron posible los recorridos por los paisajes de la violencia en Colombia:

Al Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea 21, a la Asociación Zonal Indígena de Cabildos y Autoridades Tradicionales de La Chorrera, a la Organización Wiwa Golkushe Tayrona, a la Guardia Indígena del norte del Cauca, a la Escuela Audiovisual Infantil de Belén de los Andaquíes, al Museo Caquetá, a las organizaciones indígenas embera dóbida Camaibo, Drua Wandra y Acirup, al Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá, a la Asociación de Víctimas de Argelia, a la Asociación Revivir con Esperanza de San Francisco, a la Asociación de Consejos Comunitarios y Organizaciones del Bajo Atrato, a la junta directiva del Consejo Comunitario de La Larga y Tumaradó, al Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) y al Batallón de Alta Montaña de Sumapaz por compar-

tir su conocimiento y experiencia en las regiones, por construir con el equipo de investigación cada uno de los recorridos y por acompañarnos a caminar durante días los territorios, muchas veces aun, en medio de diversas conflictividades.

Agradecemos también a Camila Medina, a María Emma Wills, a Andrés Suárez y a todos los equipos del CNMH que se articularon con el equipo de investigación, leyeron los avances y nos acompañaron tanto en la construcción de metodologías como en el desarrollo de los recorridos.

Asimismo, a la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) a través del Programa de Fortalecimiento Institucional para las Víctimas (VISP) de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y a las investigadoras Margarita Sierra, Estefanía González y Celia Páez, quienes hicieron parte del proyecto en su fase inicial.

Recorrido por el río Bojayá con
el pueblo embera dóbida, 2017.
Fotografía: María Luisa Moreno
Rodríguez para el CNMH.



Presentación

Si los árboles, los ríos, los caminos y las ruinas hablaran, ¿qué nos contarían sobre la guerra? *Recorridos por los paisajes de la violencia en Colombia* es un proyecto del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) en el que se considera que, en efecto, los paisajes contienen historias que relatan o callan la memoria del conflicto armado y que en muchas ocasiones basta con agudizar nuestros sentidos para descifrar los mensajes que en ellos se esconden.

Las siguientes páginas dan cuenta de un esfuerzo por ubicar a los paisajes en el foco de la discusión, por construir memoria a partir de ellos y por poner sobre la mesa la estrecha relación entre la naturaleza y la sociedad. Para ello, el texto se divide en cuatro secciones, la primera introduce el proyecto y presenta sus alcances; la segunda describe la metodología con la que se desarrolló la investigación; la tercera aborda la discusión en torno a tres conceptos: paisaje, violencia y memoria, y finalmente aparece una sección de tipo analítico compuesta por cuatro breves textos elaborados en torno a algunos elementos del paisaje con los que se busca indagar sobre lo que los árboles, los cuerpos de agua, las ruinas, los puentes y los caminos tienen para contar sobre el conflicto armado en algunas regiones del país.

El presente documento supone un insumo pedagógico que busca dar cuenta de las reflexiones que surgieron alrededor del proyecto de investigación. En estas condiciones no aborda en profundidad un debate teórico en torno a las categorías de paisaje, violencia y memoria. Por otro lado, es pertinente añadir, que tanto esta publicación, como el especial web que acompaña el proyecto¹ fueron construidos teniendo presente que los paisajes constituyen una experiencia sensible y en razón de esto, se buscó dar vida a sus voces a partir de imágenes, ilustraciones, sonidos, videos, cartografías y relatos. El equipo de investigación invita a abordar las siguientes páginas de la mano del especial web ya que allí aparecerá información detallada de los recorridos y los contextos de los lugares visitados².

Los Recorridos por los paisajes de la violencia esperan mostrar que, más que escenarios contemplativos, los paisajes son movimiento, relaciones y conflictos. Si logramos entender lo que tienen para contarnos daremos pasos significativos para comprender los hechos ocurridos en el marco del conflicto armado, dignificar a las víctimas y poner en marcha medidas de reparación, tanto materiales como simbólicas, que tengan en cuenta las condiciones diferenciales de cada población y territorio.

1 El especial web *Recorridos por los paisajes de la violencia* se encuentra disponible en el siguiente enlace: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/recorridos-por-paisajes-de-la-violencia>

2 Con el objetivo de facilitar el diálogo entre los dos insumos, aparecerán códigos QR, es decir, una manera rápida de acceder a diferentes secciones del especial web.



San Juan

San Juan

San Juan

San Juan

1

¿En qué consiste el proyecto?

El proyecto surge en 2016 en la Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica del CNMH con el objetivo de estudiar la relación existente entre el paisaje y el conflicto armado colombiano y sus potencialidades en el marco de los procesos de memoria.

Con miras a lograr este propósito el equipo de investigación planteó la necesidad de explorar estrategias de trabajo de campo que prestaron atención a las diversas narrativas contenidas en el paisaje. La decisión contempló la realización de recorridos en los que, al andar el territorio junto con las comunidades, fuera posible entender los significados atribuidos a los lugares y el poder de los silencios y las historias narradas mediante las huellas tangibles e intangibles de los territorios.

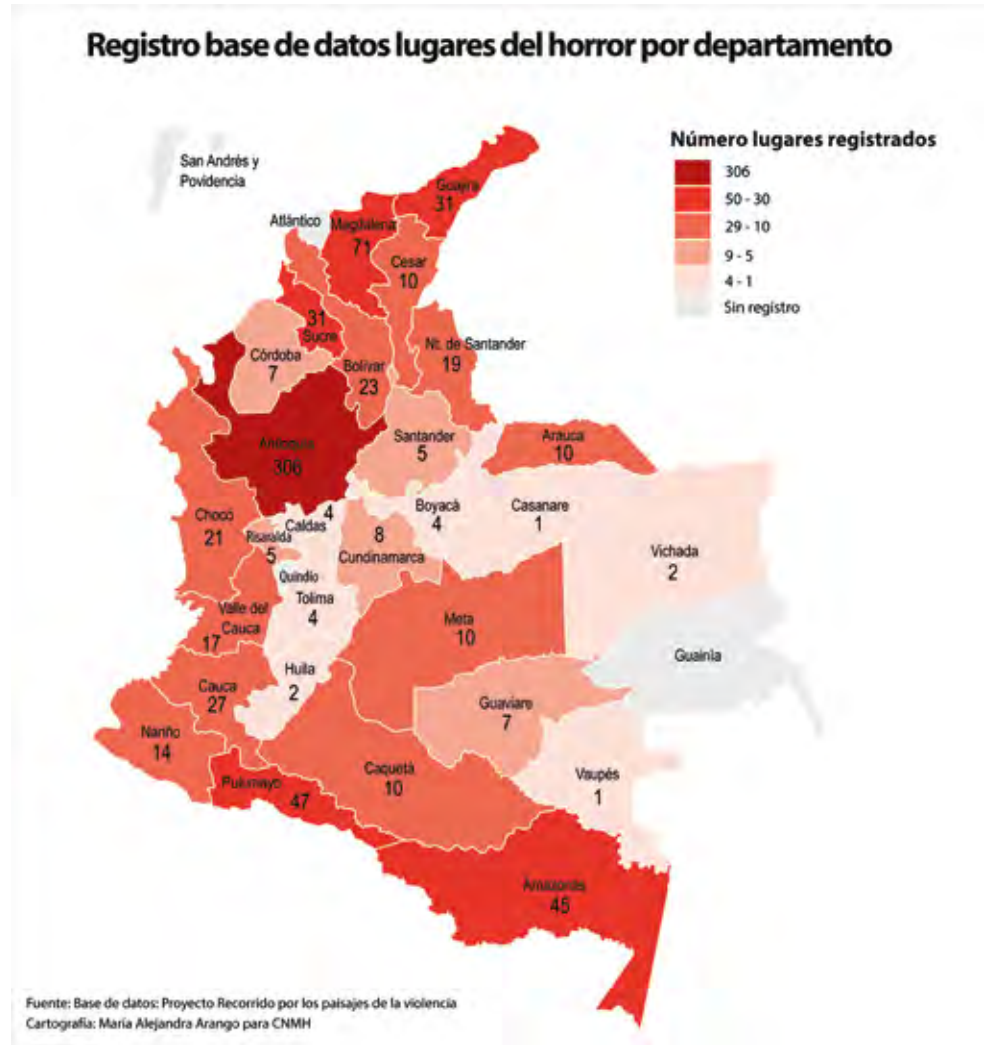
El equipo de investigación es consciente de que los recorridos no abarcan la totalidad de los lugares mar-

cados por el conflicto y que, del mismo modo, tampoco describen la totalidad de sentidos que las comunidades le atribuyen a cada lugar. Los paisajes de la violencia son tantos y tan variados como los sentidos que cada persona les otorga, incluidos quienes los estudian. Por tanto, el presente proyecto supone un mapeo general de algunos lugares simbólicos de la guerra en nuestro país³ y del entramado de significados del paisaje como una variable indispensable dentro de los procesos de memoria histórica.

En el desarrollo del proyecto es posible identificar cuatro fases de trabajo. Un primer momento dedicado a la revisión de fuentes secundarias como prensa nacional, informes de investigación del CNMH, datos del

3 La selección de los recorridos obedeció principalmente a tres elementos: la revisión de fuentes secundarias sobre lugares donde las dinámicas de la guerra tuvieron impactos y relaciones directas con el paisaje, el trabajo investigativo del CNMH y las alianzas con organizaciones regionales que posibilitaron la visita a territorios que en muchas ocasiones seguían asediados por el conflicto.

Observatorio de Memoria y Conflicto del CNMH y cifras de la Fiscalía General de la Nación. A partir de estos insumos fue posible realizar un acercamiento inicial a las categorías estudiadas y consolidar una base de datos de 741 lugares del territorio nacional donde las dinámicas del conflicto armado irrumpieron de manera sistemática y dejaron su huella tanto en la memoria de la población, como en el espacio mismo. El mapa que aparece a continuación refleja la distribución geográfica por departamentos de la información recopilada en la base de datos del proyecto.



A partir de estos avances se abordó la segunda fase del proyecto donde se avanzó en la construcción de metodologías y recorridos mediante tres casos piloto en tres regiones del país: Montes de María, Sierra Nevada de Santa Marta y la Comuna 8 de Medellín. Esta fase fue apoyada por la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) en el marco del Programa de Fortalecimiento Institucional para las Víctimas (VISP) de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

Los aprendizajes de las fases iniciales dieron paso al tercer momento de la investigación en el que se decidió que la metodología de trabajo iba a estar ligada a la idea de recorrer y andar el territorio, por lo que se articularon diferentes procesos y proyectos, tanto en el CNMH como con varias organizaciones sociales en distintas regiones del país. Estos insumos permitieron la realización del segundo bloque de recorridos de la investigación.

A medida que avanzaba el proceso y se sistematizaba la información fue posible entrever que los paisajes de la violencia iban más allá de ser los contenedores vacíos de determinados hitos del conflicto armado. Los

lugares identificados configuraban sentidos y significados que trascendían la subsistencia, la economía, la historia y las relaciones sociales. Elementos del paisaje como los árboles, las ruinas, los cuerpos de agua, los puentes, las carreteras y los caminos, se hicieron cada vez más recurrentes hasta el punto de convertirse en elementos nodales de la investigación.

La cuarta fase del proyecto abarcó la etapa de apropiación social que contempló la entrega de los resultados de la investigación a las comunidades que hicieron parte del proceso y la apertura de espacios de reflexión y creación colectiva en torno a las discusiones abordadas. Estos espacios tuvieron dos componentes: el desarrollo de talleres con estudiantes de universidades regionales y la realización del seminario internacional *Lo que hemos visto y dejado de ver en los paisajes de la guerra: aportes internacionales a la comprensión de procesos de reconstrucción de memoria histórica*.

En el marco de la investigación se abordaron 12 casos que para fines explicativos se pueden organizar en torno a seis bloques de acuerdo con la manera como fueron realizados. Para el proyecto fue central establecer



RECORRIDOS POR LOS
PAISAJES DE LA VIOLENCIA
EN COLOMBIA

una mirada diferencial⁴ a la hora de trabajar cada caso teniendo presente las características de cada una de las poblaciones, la forma como conciben su territorio y las particularidades geográficas e históricas de cada una.

1. Montes de María 
2. Construcción metodológica
3. Pueblo Nasa 
4. La Chorrera 
5. Río Bojayá 
6. Puerto Torres 
7. De Florencia a La Macarena 
8. Bajo Catatumbo 
9. La Larga y Tumaradó 
10. Río Vaupés 
11. Sur de Antioquia 
12. Páramo de Sumapaz 



Recorridos por los paisajes de la violencia en Colombia, 2017.

Ilustración: Giselly Mejía para el CNMH.

4 En esta ocasión, el proyecto abordó una mirada diferencial para referirse a las formas como pueblos indígenas y comunidades afrodescendientes y campesinas tienen distintas maneras y herramientas para abordar la construcción de la memoria histórica. Así como las poblaciones son disímiles, los impactos que el conflicto armado tiene sobre ellas también lo son y la forma de abordar estas problemáticas debe verse permeada por la atención a estas diferencias prestando atención a las condiciones sociales, económicas, históricas y culturales de las poblaciones donde se hicieron los recorridos, en los que participaron mujeres, hombres, niños, niñas y adolescentes y adultos mayores, cuyas voces hacen parte de los relatos y resultados del proyecto.

1.1. Montes de María

Para el caso de la subregión de los Montes de María se realizaron dos recorridos, uno en la vereda Las Brisas de San Juan Nepomuceno (Bolívar) y otro en la vereda La Pelona en San Onofre (Sucre). A partir del trabajo conjunto con el Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea 21⁵ se realizaron dos jornadas de talleres de memoria y cartografía social que permitieron trazar las rutas de los recorridos.

Los lugares visitados en esta región muestran cómo la guerra se inscribe en el paisaje y altera los sentidos construidos en torno a él. Del mismo modo permiten evidenciar la resistencia de las comunidades y los procesos para volver a dotar de sentido lo que la guerra buscó arrebatarles.

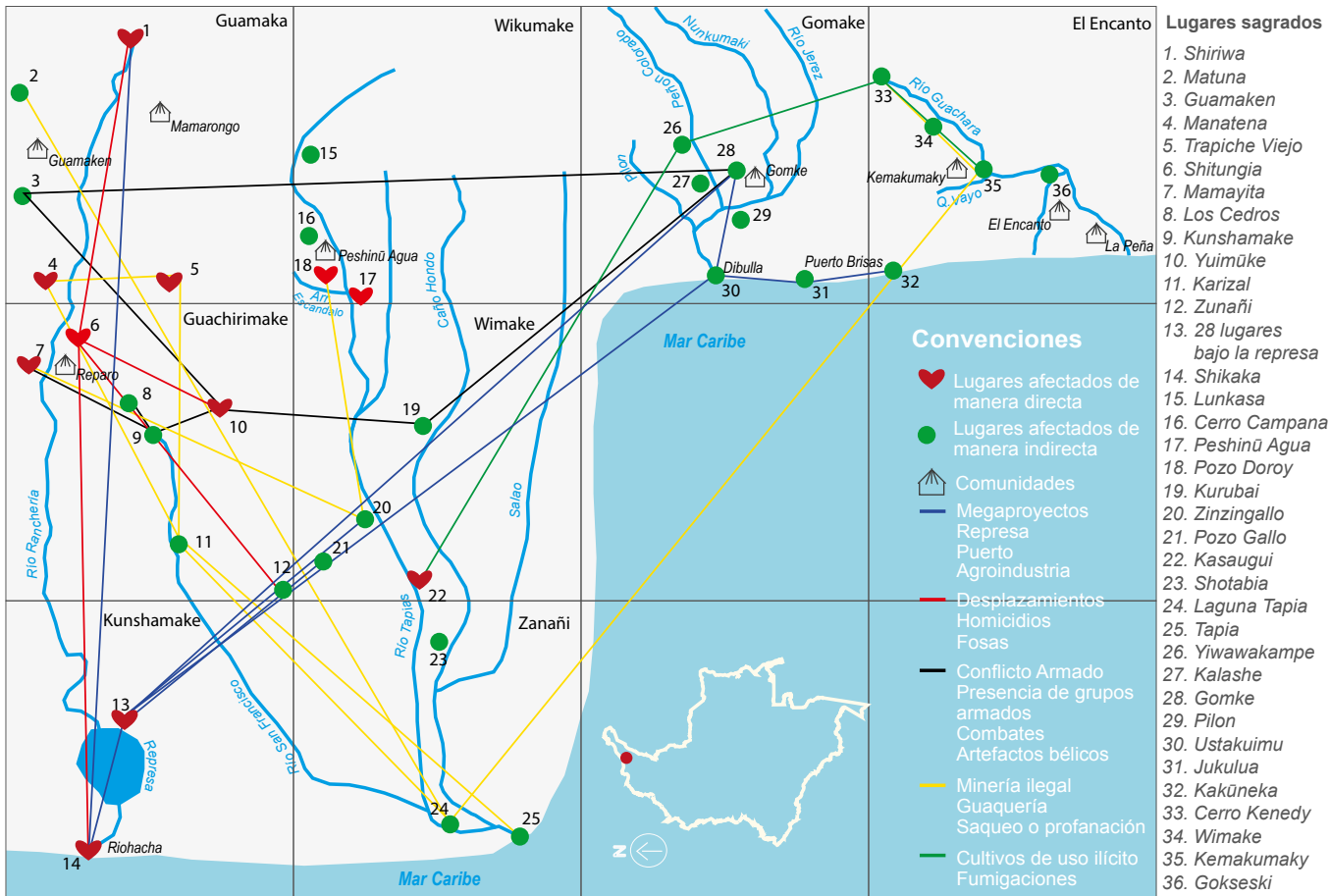
5 El Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea 21 es una organización creada en 1994 en el Carmen de Bolívar (Bolívar), dedicado a promover espacios de comunicación alternativos que posibiliten el encuentro, el reencuentro, la participación y el reconocimiento de la población de la región.

1.2. Territorio wiwa y Comuna 8 de Medellín

Durante 2014 y 2015 la Organización Wiwa Golkushe Tayrona desarrolló un proceso de memoria histórica con el equipo de enfoque étnico del CNMH. Los investigadores locales caminaron distintas cuencas hídricas que conforman su territorio, ubicado en la Sierra Nevada de Santa Marta, con el objetivo de identificar las afectaciones del conflicto armado sobre los lugares sagrados.

A partir de estas iniciativas, el proyecto *Recorridos por los paisajes de la violencia en Colombia* propuso la construcción de una metodología mediante talleres de cartografía realizados en Riohacha con integrantes de la Organización Wiwa Golkushe Tayrona. Este proceso aportó a la comprensión del territorio como víctima del conflicto armado ya que permitió entender que el paisaje del territorio wiwa está compuesto por lugares sagrados interconectados y que por tanto la afectación a uno de estos repercute de manera directa en todo su entramado de relaciones con los demás lugares.

En Medellín el equipo trabajó de manera conjunta con la Asociación Caminos de Esperanza – Madres de La



Candelaria y la Mesa Diversa de la Comuna 8. Si bien en este caso no fue posible hacer un recorrido debido a problemas de orden público, las jornadas colectivas de trabajo y los talleres de cartografía permitieron avanzar en la conceptualización en torno a las categorías de espacio, lugar y paisaje.

1.3. Pueblo nasa

En el norte del Cauca se realizó un recorrido a partir de la propuesta de la Guardia Indígena (Kiwe Thegnas) de explorar cómo la guerra se inscribe en el paisaje a partir de lugares atravesados por episodios de horror como asesinatos, desplazamientos y masacres. En cada uno de estos lugares los 150 Kiwe Thegnas que lideraron el recorrido, realizaron actos simbólicos para conmemorar los cientos de nasas que han perdido la vida en medio del conflicto armado.

El paisaje de la violencia del pueblo nasa está constituido por marcas tangibles que evidencian una memoria que se camina para darle significado al proyecto de resistencia. Una de las acciones de la guardia indígena es caminar el territorio para recordar a quienes han

muerto en el proceso de liberación de la madre tierra⁶. Las marcas dejadas en el camino mediante pancartas, mensajes, pinturas, cantos y palabras dan lugar a distintas formas de resistencia, de habitar el espacio y resignificar el paisaje sin olvidar los hitos de violencia que ocurrieron allí.

1.4. La Chorrera

El trabajo en La Chorrera es el resultado de un proceso de memoria realizado por investigadores locales con el acompañamiento del equipo de enfoque étnico del CNMH. Para este caso la Asociación Zonal Indígena de Cabildos y Autoridades Tradicionales de La Chorrera (Azicatch) se asoció con el CNMH para ir tras las huellas del genocidio cauchero.

Uno de los principios de este proceso fue la autonomía. Se planteó la necesidad de asumir la investigación desde los saberes de los jóvenes y abuelos de los pue-

⁶ Hoy el pueblo nasa, tan consciente de sus victorias como de lo que le resta por alcanzar, desarrolla el proceso de Liberación de la Madre Tierra: cansado de promesas de reforma agraria incumplidas, de fallos judiciales no acatados y de la presencia de actores armados ha decidido recuperar los territorios que considera suyos ocupándolos, habitándolos y liberándolos de los monocultivos de caña de azúcar y de sus ocupantes.

blos ocaina, bora, muinane y uitoto M+N+KA. El equipo estuvo conformado por jóvenes que eligió la asamblea y cada uno tuvo el acompañamiento de por lo menos un abuelo para guiar los momentos rituales de la coca, el tabaco y la yuca dulce que debían gestarse para hablar de un tema tan difícil como el de la cauchería. Durante dos años se embarcaron en largos trayectos en busca de las huellas del genocidio cauchero tales como campamentos, caminos y lugares de tortura.

El presente proyecto hizo parte de más de cinco escenarios colectivos de reflexión acerca de los resultados de la investigación. Fue allí donde se expresó la necesidad de organizar la información y presentarla como un proceso de memoria histórica a través del paisaje. De esta manera, el resultado es el trabajo, la representación y la memoria de los pueblos de Azicatch.

1.5. Río Bojayá

El recorrido por el río Bojayá se hizo junto con el equipo de enfoque étnico del CNMH y contó con la participación de las tres organizaciones indígenas embera dóbida de la región del Medio Atrato (Camaibo, Drua Wandra y Acirup) y del Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá. En esta ocasión el camino se abordó alrededor del río Bojayá que en su conjunto representa la memoria de un paisaje de la violencia que recuerda el control de los actores armados por medio de retenes para proteger la ruta de narcotráfico que era el propio río. Este paisaje también muestra un cuerpo de agua contaminado y carente de peces. Con cantos, narraciones y dibujos se buscó entender el significado del río como un sujeto colectivo afectado por la guerra.

1.6. Puerto Torres, Florencia-La Macarena, Bajo Catatumbo, La Larga y Tumaradó, Río Vaupés, Sur de Antioquia y Páramo de Sumapaz

Para este bloque de recorridos se establecieron alianzas con procesos de investigación del CNMH y organizaciones regionales. A partir de jornadas de trabajo colectivas se identificaron posibles recorridos que revelaran la relación entre conflicto y paisaje. Los enlaces tuvieron lugar de la siguiente manera:

Puerto Torres: este recorrido se realizó con el acompañamiento de la Escuela Audiovisual Infantil de Belén de los Andaquíes y la línea de Antropología Forense del CNMH. Dentro de los elementos destacables de este proceso es pertinente mencionar cómo un pequeño caserío se convierte en un elemento clave en el marco

de las dinámicas de la violencia de un territorio tan extenso como el departamento de Caquetá.

Durante el recorrido cada uno de los pasos que dábamos permitía ver cómo los paisajes presentan una cartografía estratégica de la guerra que contiene distintas capas que se superponen unas a las otras: las fosas que aún están sin encontrar, las exhumaciones que dejaron huella en el espacio, los árboles vivos y muertos, las ruinas pintadas y los caminos que alertaban la muerte. En este momento, Puerto Torres, otrora desolado por el conflicto, se debate entre la resignificación y el olvido del horror que se cionó sobre él.

Florencia - La Macarena: el Museo Caquetá y la Fiscalía General de la Nación fueron los principales enlaces en este recorrido. Dentro de sus elementos destacables, este caso permitió entender cómo la geografía de la guerra atraviesa las fronteras político-administrativas y crea regiones que de manera histórica han estado en diálogo en razón de sus características comunes, tanto culturales como geográficas. Este recorrido registró paisajes en ruinas que evocan una época de negociación entre el gobierno nacional y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia

(FARC). Durante los cuatro años de duración de la negociación, el paisaje de la guerra se transformó por grandes edificaciones de cemento visibles en los llanos del Yarí, que se ubicaron frente a carreteras o junto a caseríos y pueblos de la región.

Bajo Catatumbo: el recorrido se realizó junto con un grupo de gestores de memoria de Tibú y La Gabarra y el equipo de investigación del proyecto *Catatumbo: Memorias de vida y dignidad* del CNMH. Este proceso demostró cómo la guerra y la población se debaten en un pulso constante por atribuir significados a los elementos del paisaje. Para la comunidad, el río Catatumbo, por ejemplo, significa vida, animales, medio de transporte, conexión con otros poblados y momentos de diversión. No obstante, en manos de los actores armados fue marcado como un lugar de muerte, de retenes y de horror. En la actualidad las comunidades luchan por devolver al río los sentidos de vida, unidad y prosperidad que en algún momento tuvo.

En la región del Catatumbo continúa hasta hoy la disputa por el control del territorio que evidencia la demarcación de nuevos lugares asociados a la muerte pero también de lugares relacionados con la resistencia de la población civil que se niega a permitir que de nuevo se instale el miedo allí.

La Larga y Tumaradó: para desarrollar este recorrido por el bajo Atrato, se establecieron articulaciones con la junta directiva del Consejo Comunitario de La Larga y Tumaradó, Asociación de Consejos Comunitarios y Organizaciones del Bajo Atrato (Ascoba) y Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep). A nivel interno, el equipo de investigación se articuló con el equipo curatorial de la dirección del Museo de Memoria Histórica de Colombia para la planeación y realización del recorrido. Este caso nos habla de arrasamiento maderero, de cuerpos de agua que fueron drenados, de especies de flora y fauna que ya no existen y de poblaciones que se vieron forzadas a huir. La Larga y Tumaradó, a modo de síntesis, nos habla de cómo la

guerra y las dinámicas asociadas a ella transforman drásticamente los paisajes.

Río Vaupés: la comunidad indígena de Bocas del Yi en Mitú fue la principal aliada para la realización de este recorrido que permitió ver otro de los significados de la guerra en relación con los paisajes. El río Vaupés, el mismo que simbolizaba la vida, pasó a ser percibido como el que la quitaba ya que sus aguas, en el marco del conflicto armado, fueron los principales caminos de reclutamiento de niñas, niños y adolescentes.

Sur de Antioquia: para este recorrido el proyecto trabajó de manera conjunta con la Asociación de víctimas de Argelia, la Asociación Revivir con Esperanza de San Francisco y la Sede Puerto Boyacá de la Dirección de Acuerdos de la Verdad del CNMH. Este proceso permi-

tió entender la importancia de los paisajes en el marco de las estrategias de la guerra y la disposición de los actores armados sobre el territorio. El sur de Antioquia ha hecho parte de la geografía de la guerra por su propia ubicación estratégica. En este paisaje, por ejemplo, se ha plasmado la memoria de puentes entre montañas y ríos que marcan dónde comienza la frontera de un actor armado y dónde termina la del otro.

Páramo de Sumapaz: La Dirección de Derechos Humanos del Ministerio de Defensa y el Ejército Nacional fueron los principales enlaces para la realización de este recorrido. Los aprendizajes giraron en torno al entendimiento de la relación entre la naturaleza y la sociedad en el marco de las dinámicas del conflicto armado.



2

Paisaje, violencia y memoria

Aunque desde mediados del siglo XX puede advertirse un marcado interés por posicionar la dimensión espacial como un elemento central para la investigación académica, en muchas ocasiones se le continúa asignando un papel subsidiario al considerar el paisaje como una suerte de contenedor vacío, plano y desprovisto de agencia, en el que se sitúa la larga cadena de acontecimientos que moldean la historia.

Es por ello que el proyecto supone un esfuerzo por construir la memoria del conflicto armado a partir de una mirada que preste atención a los sentidos y significados de la guerra e integre tanto las variables del tiempo como las del espacio. De ahí surgió la idea de abordar la investigación desde el concepto de paisaje, que brinda herramientas analíticas y metodológicas para acercarnos a los objetivos propuestos.

Si bien el presente documento no busca profundizar en un debate teórico en torno a las categorías utilizadas, se considera pertinente introducir de manera breve lo que se entiende por espacio, lugar y paisaje, términos recurrentes a lo largo de las siguientes páginas.

El *espacio*, en el marco del proyecto, es el escenario o contenedor donde ocurren las relaciones entre la sociedad y la naturaleza; puede abarcar áreas geográficas de diferentes magnitudes en lo global y en lo local. El *lugar*, por su parte, hace referencia a una porción concreta de espacio que ha sido organizada o dotada de sentido mediante la experiencia y en esa medida, como apunta Cresswell (2004), *lugar* no es una cosa en el mundo, sino una forma de entenderlo. De este modo es posible señalar que los lugares son dinámicos y sus sentidos y significados cambian tanto en el tiem-

po y el espacio, como de acuerdo con las condiciones particulares de quien o quienes le otorguen sentido.

En la misma dirección, Yi-Fu Tuan (1977) señala que las nociones de *espacio* y *lugar* se necesitan mutuamente para definirse ya que el espacio es susceptible de convertirse en lugar en la medida en que lo conocemos y lo dotamos de valor. A manera de síntesis el autor señala que “si pensamos en el *espacio* como el que permite el movimiento, entonces el lugar es una pausa; cada pausa en movimiento hace posible que la ubicación se transforme en lugar”⁷ (Tuan, 1977, página 6).

En estas condiciones *espacio* y *lugar* nos ubican en la discusión entre el área física y las relaciones que allí ocurren o, visto de otra forma, entre la naturaleza y la sociedad. Se trata de dos campos de investigación que si bien están estrechamente ligados, suelen abordarse desde disciplinas distintas que centran su atención, ya sea en los elementos biológicos y físicos del entorno (como ocurre en las ciencias naturales) o en las ideas alrededor de la sociedad y la cultura (como sucede en

las ciencias humanas). En medio de esta tensión el *paisaje* aparece “como un concepto integrador que permite analizar espacial y temporalmente los elementos naturales y sociales de un lugar determinado” (Barrera, 2014, página 15).

Siguiendo a Augustín Berque (2009), el paisaje es una relación compuesta por tres niveles en constante diálogo y dinamismo: el de la naturaleza, el de la sociedad y el de la persona que contempla. En el primero nos encontramos con la historia *natural* del planeta, aquí confluyen elementos vivos y no vivos como las formaciones geológicas, los cuerpos de agua, las plantas, los animales, etc.; en el segundo nivel aparece la vida social, es decir, la historia de los acontecimientos humanos, y finalmente nos encontramos con quien se sitúa frente a este paisaje y lo dota de sentido en virtud de su propia historia e intencionalidad.

Naturaleza, sociedad y quien contempla aparecen como capas que se superponen y dan forma al paisaje en medio de tensiones y negociaciones constantes. La colisión de estas capas deja a su paso rastros que son susceptibles de ser leídos desde diferentes aproximaciones. El paisaje, desde esta perspectiva, puede ser

7 Traducción propia. Texto original: “[I]f we think of space as that which allows movement, then place is pause; each pause in movement makes it possible for location to be transformed into place”.

visto como un palimpsesto, es decir, como un manuscrito que si bien ha recibido variadas escrituras que se ubican sobre las anteriores, conserva las huellas del proceso y posibilita su lectura e interpretación.

En consecuencia, entendimos por *paisajes de la violencia* un conjunto de lugares de la geografía colombiana donde el conflicto armado hizo su aparición y cuyo análisis e interpretación supone la necesidad de prestar atención al diálogo entre naturaleza, sociedad y observador, del que emerge una polifonía de voces que dan pistas para reconstruir la historia y la memoria a partir de imágenes, sonidos, relatos, entre otros. Los paisajes identificados fueron en su mayoría espacios rurales, donde no ha tenido lugar una disputa por la consolidación de una memoria pública en torno a ellos, sino que por el contrario, sus sentidos y significados han sido asignados por las vivencias cotidianas de quienes los habitan o los han dejado de habitar.

Un ejemplo de ello lo encontramos en un paisaje en ruinas donde a simple vista, no hay más que una estructura vacía e incompleta; no obstante, al preguntarnos por las huellas visibles, al prestar atención a los sonidos y los silencios allí inscritos, y al indagar por las

voces de quienes lo habitaron, el lugar adquiere una nueva dimensión que seguramente proporcionará mayores insumos para dar cuenta de su devenir, tanto en el tiempo, como en el espacio.

A manera de síntesis metodológica Susana Barrera (2014) propone cuatro elementos que desde su perspectiva deben ser tenidos en cuenta en el marco de los estudios sobre el paisaje y que fueron objeto de atención en el marco del proceso investigativo: la existencia de una *realidad natural o ecológica*; la necesidad de análisis multiescalares; la importancia del contexto temporal y espacial y el enfoque conceptual y metodológico.

El primer punto pone de presente, como lo hemos señalado, que en el paisaje confluyen tanto sociedad, como naturaleza. Así, la presencia de un grupo armado en el cauce de un río puede obedecer tanto a particularidades del entorno geográfico como a condiciones sociales. Dentro de las primeras podemos nombrar las ventajas del río para moverse por la zona, mientras que, cuando hablamos de lo social podemos referirnos al objetivo de controlar mediante retenes la vida cotidiana de determinado poblado ribereño.

Por otro lado, la idea de multiescalaridad tiene que ver con la importancia de prestar atención a la relación de doble vía entre lo micro y lo macro. Un ejemplo de ello lo encontramos en el recorrido realizado en Puerto Torres (Caquetá), donde los repertorios de violencia se inscribieron en dinámicas de tipo regional como el despliegue del paramilitarismo en torno a la antigua zona de distensión acordada entre las FARC y el Gobierno colombiano.

En tercer lugar, la atención al contexto espacio-temporal permite ver, en una perspectiva más amplia, las tensiones en las que se inscriben las transformaciones de los paisajes. En estas condiciones fue posible entender que proyectos como el de la liberación de la madre tierra, de los indígenas nasa del norte del Cauca, no obedece únicamente a las dinámicas recientes del conflicto armado, sino que hunde sus raíces en violencias de mayor duración y alcance.

Por último, el enfoque conceptual y metodológico pone sobre la mesa el papel activo de quien investiga tanto para el proceso, como para su resultado. El proyecto, desde el comienzo se planteó la relación entre el conflicto armado, el paisaje y la memoria histórica.

Estos elementos, sin duda, direccionaron la investigación a lo largo de sus fases y posibilitaron o dificultaron los abordajes desde una u otra metodología. De igual manera las interpretaciones en torno a los paisajes de la violencia contienen la mirada subjetiva tanto de la población de cada lugar y del equipo de investigación, como la de las y los autores que sirvieron como sustento teórico al desarrollo del proyecto.

Durante los recorridos se evidenció que, en efecto, el paisaje cual palimpsesto guarda las huellas del paso del tiempo sobre el espacio y que estas suponen un insumo valioso a la hora de conocer la historia de las poblaciones y de sus territorios. Sin embargo, también resultó evidente que las lecturas e interpretaciones que surgen de estos paisajes dependen en gran medida de quienes se acerquen a ellos y del modo como lo hagan.

A manera de cierre es pertinente señalar que la memoria consignada en cada uno de los paisajes de la violencia es el resultado de las tensiones por atribuirle sentido a los lugares. La guerra, en este caso, tomó los significados otorgados a árboles, cuerpos de agua, ruinas y caminos y los transformó por unos donde la

idea del horror, el miedo y la desesperanza fueron una constante. Quienes sobrevivieron a los episodios de violencia se han visto ante la tarea de tramitar sus duelos y de decidir cómo situarse frente a los lugares que les arrebató el conflicto.

Finalmente es pertinente mencionar que si bien los recorridos buscaron dar cuenta de la complejidad de cada escenario, las diferentes capas que dan forma al paisaje siguen en movimiento y los escenarios visitados continúan en la negociación de su futuro y de la atribución de significados a cada lugar.



Recorrido con la Guardia Indígena del norte del Cauca, Finca el Nilo, Caloto (Cauca), 2016. Fotografía: César Romero Aroca para el CNMH.

3

Recorrer: una metodología para abordar los paisajes de la violencia

Recorrer los paisajes de la violencia significa darle lugar a una propuesta metodológica y de trabajo con las comunidades en la que la memoria adquiere importancia cuando los paisajes entran en diálogo con narrativas de la vida cotidiana que se transformaron con la guerra.

Luis Guillermo Vasco Uribe, a partir de su trabajo en Guambía, consolidó la idea de que *conocer es recorrer* ya que el trasegar de las comunidades “ha dejado impreso en su territorio el conocimiento, la manera de ser, la historia de sus sociedades, de sus relaciones con el medio” (Vasco, 2002, página 448). En estas condiciones andar el territorio fue nuestra principal herramienta para acercarnos a las comunidades y a su memoria, no solo atendiendo a sus relatos sino viviéndolos a cada paso.

Al andar por distintas regiones del país nos acercamos al paisaje como un escenario complejo que, para su interpretación, exigía la activación

de otros registros de memoria donde los sentidos y los cuerpos adquirieron una nueva dimensión. Esto implicó una disposición corporal para transitar largos trayectos en distintos medios de transporte y en muchas ocasiones a pie, donde era necesario estar atentos al paisaje sonoro⁸; a imaginar visualmente, mediante los relatos de las personas, las transformaciones de los paisajes a lo largo del tiempo; a registrar desde la imagen las huellas del paso de la violencia y a percibir los olores que caracterizaban los lugares que nos disponíamos a visitar. Esta pluralidad de sentidos y relatos nutrió cada uno de los casos que dio forma al proyecto.

⁸ Con paisaje sonoro nos referimos al conjunto de sonidos propios de un determinado lugar. Partimos de la idea de que los sonidos identifican los lugares, en esa medida, a partir de su escucha atenta es posible aproximarnos a ellos y a su historia.



Reunión colectiva durante el recorrido por el río Bojayá. Bojayá (Chocó), 2017. Fotografía: Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá para el CNMH.



Recorrido de Puerto Venus a la cabecera municipal de Nariño. (Antioquia), 2017. Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.



Recorrido por el río Bojayá. Bojayá (Chocó), 2017. Fotografía: Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá para el CNMH.

Inicio del recorrido por el norte del Cauca. Santander de Quilichao (Cauca), 2016. Fotografía: César Romero Aroca para el CNMH.



Aunque recorrer fue la propuesta metodológica, cada caso se construyó atendiendo a las distintas miradas de las comunidades sobre el paisaje, la forma como el tiempo transcurría en su cotidianidad y las características geográficas que implicaban andar ríos, montañas, trochas, mares y calles. La idea de recorrer propició un acercamiento a los paisajes de la violencia donde tanto “el reconocimiento de estos lugares así como la construcción de las memorias se hace *en movimiento* cuando el grupo hace un recorrido y se dirige a estos lugares mientras se comparten recuerdos y relatos” (CNMH y UBC, 2013, página 74).

Si bien en todos los casos se desarrolló un trabajo previo que permitió trazar las rutas para el trabajo de campo, durante los recorridos solían surgir propuestas de visitar nuevos lugares, de alterar los itinerarios y de redireccionar los objetivos y las estrategias de la investigación.

Para la recolección de la información el equipo buscó herramientas que permitieran dar un lugar a las múltiples voces que nos hablaban durante los recorridos. En ese sentido, a las entrevistas, a las conversaciones individuales y colectivas y a los talleres se sumaron estrategias como el desarrollo de cartografías locales, la construcción de paisajes sonoros y el registro fotográfico y audiovisual.

Los recorridos por los paisajes de la violencia nos mostraron una guerra fragmentada que ocurre en todo tipo de espacios, desde una cabecera municipal o caserío hasta una carretera, un potrero, una escuela, una finca perdida en la montaña, en los llanos o en los páramos donde los frailejones cubren y camuflan la guerra.

Los actores armados se convierten en puntos rojos en el mapa que se van multiplicando y expandiendo por los ríos, las veredas, la selva, las ciudades, el mar. Al instalarse en el paisaje, transforman la cartografía de

la vida cotidiana de las comunidades: escogen casas y se adueñan de ellas, estudian la geografía y ubican las trincheras en los puntos más altos, establecen retenes en los ríos, las carreteras y las trochas, crean fronteras minadas, proponen espacios para las fosas comunes, seleccionan árboles simbólicos para convertirlos en lugares del horror, marcan el paisaje con emblemas y consignas de sus grupos armados, se toman escuelas para utilizarlas como escudo. Luego, cuando se van, los lugares quedan desolados, muchos se transforman en ruinas, otros son resignificados de manera inmediata por las comunidades, algunos desaparecen del paisaje y otros se olvidan y dejan de ser visitados.

Al comienzo fue difícil leer los paisajes en ruinas. Los sonidos no decían mucho y la ausencia de pistas tangibles generaba preguntas. Poco a poco comenzamos a aprender a leer los paisajes que se tornaron en contenedores de múltiples capas de historias, significados, imágenes y sonidos. A la larga comprendimos que un paisaje desolado nunca podrá ser un lugar vacío.



4

La memoria a partir de los paisajes de la violencia

El objetivo de este acápite es poner a dialogar algunos elementos del paisaje como los árboles, los cuerpos de agua, las ruinas y los puentes y los caminos, que nos permiten reflexionar sobre los significados de la guerra que no solo atraviesan los cuerpos de los seres humanos, sino también, de la naturaleza y de los lugares que perdieron todo tipo de significado de vida comunitaria al convertirse en ruinas o caminos intransitables. Quienes en las regiones acompañaron los recorridos hicieron énfasis en la importancia de estos lugares en el marco de la guerra.

Al finalizar los dos años de trabajo de campo, nos encontramos ante una cartografía nacional que, por un lado, nos mostraba la naturaleza mediante distintas especies de árboles y de cuerpos de agua y, por otro lado, nos insistía en prestar atención a las ruinas y los caminos que parecían ser los lugares más recurrentes de los paisajes de la violencia en Colombia. Unos y otros evidenciaron el significado de deshabitar lo habitado, de la configuración del espacio que queda plasmada por trochas que ya no se recorren o de muros sin techos, sin puertas y sin objetos de valor simbólico o material.

Las ruinas y los caminos intransitables tienen un poder evocador que se transmite desde la distribución en el espacio, desde los sonidos propios y desde la arquitectura desvanecida entre las raíces de árboles y la maleza que va tomando su lugar en el paisaje. Esta cartografía nacional nos llevó a considerar que era importante ir más allá de la propia caracterización de los significados otorgados por los habitantes de las regiones. Por ello, a continuación, presentamos algunas reflexiones sobre estos lugares instalados en el paisaje.

No se abordará de manera extensa el contexto de las regiones a las que se hace mención, y en caso de que se desee profundizar en este tema, se recomienda visitar el especial web del proyecto, disponible en el siguiente enlace: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/recorridos-por-paisajes-de-la-violencia>

4.1. Los árboles

Los tiempos de los árboles no son iguales a los nuestros. Su longevidad, su crecimiento pausado y su permanencia en el tiempo hacen que a su lado, nuestra existencia parezca fugaz y que, en muchas ocasiones,

nuestras vidas discurran y tan solo notemos de manera consciente sus cambios o sus ausencias. Los primeros cuando son demasiado evidentes –como la pérdida de sus hojas o la escasez de sus frutos– y los segundos cuando su ausencia sobreviene en razón de su muerte o de su colapso por la errática acción humana.

A pesar de ello, si bien en ocasiones pasamos por alto su importancia, los árboles hacen parte de nuestra cotidianidad. Proveen alimentos, medicinas y especias; de ellos se obtiene la madera con la que construimos, el fuego que nos calienta y las hojas sobre las que escribimos. De manera adicional a estos aportes, ligados a la utilidad material, son centrales en la configuración de los paisajes. Prácticamente en cada vereda, finca o ciudad nos encontramos con algunos de ellos tan emblemáticos como las plazas centrales, los lugares de mercado o las iglesias.

**Árboles identificados
durante los recorridos.**

Ilustración: © Manuel
Moreno Rodríguez, 2018.

LOS ÁRBOLES identificados en los recorridos tienen su propia historia, una historia larga que se hiló a través de su relación con la especie humana. Algunos tienen sus raíces en otros continentes mientras que otros son originarios de nuestras selvas y páramos. Somos conscientes de que el registro que obtuvimos durante los recorridos corresponde a tan solo un instante en sus vidas, las cuales han visto pasar bajo sus ramas buena parte de las nuestras.



» 1. *Tamarindus indica*

Nombre común: Árbol de tamarindo
Origen geográfico: África
Altura máxima: 30 mts.

Crece en zonas tropicales o subtropicales. El diámetro de su tallo puede llegar a ser de un metro. Sus flores son amarillas o rosadas y su fruto, el tamarindo, suele madurar diez meses después de la floración.



» 2. *Anacardium excelsum*

Nombre común: Caracolí o Aspavé
Origen geográfico: América tropical
Altura máxima: 40 mts.

Crece entre los 0 y los 1400 msnm. Sus hojas se agrupan en los terminales de las ramas produciendo un follaje denso donde se esconden pequeñas flores de color verde o blanco que se tornan rosa en su madurez.



» 3. *Inga edulis*

Nombre común: Árbol de guama
Origen geográfico: América central
África máxima: 30 mts.

Crece entre los 0 y los 1800msnm. Su uso ha estado asociado a proporcionar sombra a los cafetales. Su corteza lisa tiene un color gris pálido.



» 4. *Espletia grandiflora*

Nombre común: Frailejón
Origen geográfico: América del sur
Altura máxima: 2 mts.

Crece en los Andes orientales de Colombia en alturas que oscilan entre los 2900 y los 4100 metros. Sus hojas gruesas y peludas pueden alcanzar los 30 cms de largo y se disponen en forma de roseta alrededor del tallo.



» 5. *Mangifera indica*

Nombre común: Árbol de mango
Origen geográfico: Asia tropical
Altura máxima: 20 mts.

Crece en todo el trópico y el subtropico. Presenta una copa redondeada y muy densa. Es un árbol siempreverde de tronco robusto y corteza gruesa y áspera.



» 6. *Hevea guianensis*

Nombre común: Caucho o Siringa
Origen geográfico: Amazonas y las Guayanas
Altura máxima: 20 mts.

Crece en las mesetas húmedas. Sus ramas brotan en la parte alta de la copa. Uno de los usos más comunes de este árbol es la extracción del látex que se hace mediante cortes diagonales a su tallo.

Son tanto testigos de nuestra historia, como referentes en nuestra memoria. Esa constancia y permanencia de la que hablábamos líneas arriba permite que baste con cerrar los ojos y pensar en nuestro pasado para darnos cuenta de que por nuestras vidas han pasado árboles que evocan imágenes, olores, sensaciones, sonidos o sabores propios de momentos específicos de nuestras vidas, la mayoría felices, mientras que otros tal vez, no tanto.

Al recorrer las primeras regiones visitadas, cuando indagábamos acerca de la relación entre el paisaje y el conflicto armado y la reconfiguración de las relaciones entre la población y el territorio a partir de la guerra, los árboles aparecieron con una fuerza tan sorprendente como avasalladora la cual, se mantuvo constante a lo largo de los recorridos subsecuentes. A continuación abordaremos las historias de algunos de ellos.



El tamarindo y el pipirigallo⁹. Los ejes de una masacre

Las historias del tamarindo y el pipirigallo tienen lugar en paisajes de la violencia contiguos. Los dos hicieron parte de los recorridos por los Montes de María, el primero en la vereda Las Brisas, perteneciente a la zona de montaña de esta subregión, y el segundo en el corregimiento El Salado, ubicado en la zona de piedemonte.



Aunque de especies diferentes, comparten una historia similar, eran ejes representativos de la vida comunitaria de sus poblados y los dos fueron escogidos por el grupo paramilitar conocido como el Bloque Héroes de los Montes de María, para cometer dos de las masacres más recordadas en la historia del conflicto armado

colombiano, la de El Salado entre el 16 y el 21 de febrero de 2000 y la de Las Brisas el 11 de marzo del mismo año.

Del pipirigallo se cuenta que brotó de manera espontánea junto a la cancha de microfútbol después de la primera masacre que vivió el corregimiento de El Salado en marzo de 1997. Desde entonces su desprolija arquitectura, irregular y carente de hojas acompañó las imágenes que rondan la memoria de los salaeros. Aunque en el presente texto no profundizaremos en los detalles del desarrollo de la masacre es pertinente mencionar que el emblemático árbol fue tanto testigo de decenas de muertes como instrumento para la comisión de una de ellas: el asesinato y el empalamiento de Neivis Judith Arrieta, una habitante del corregimiento.

⁹ La investigación para el caso del árbol de pipirigallo del corregimiento de El Salado fue desarrollada por Andrés Fernando Suárez, asesor de la dirección general del CNMH.



El pipirigallo y la cancha de microfútbol. El Salado, Montes de María, 2008. Fotografía: Andrés Suárez para el CNMH.

La historia del tamarindo de Las Brisas es similar. Los pobladores lo recuerdan como un árbol frondoso, tan representativo de la vereda, como los ñames que cultivan sus campesinos. Su sombra, acompañada de las corrientes de viento que dan nombre a la vereda suponía un lugar de encuentro, de descanso, de intercambio de productos, de fiesta y de juego. En buena medida la vida de Las Brisas giraba en torno a este árbol, el mismo que eligió el Bloque Héroe de los Montes de María para torturar y masacrar a doce campesinos de la zona acusados de hacer parte de las filas de la insurgencia.

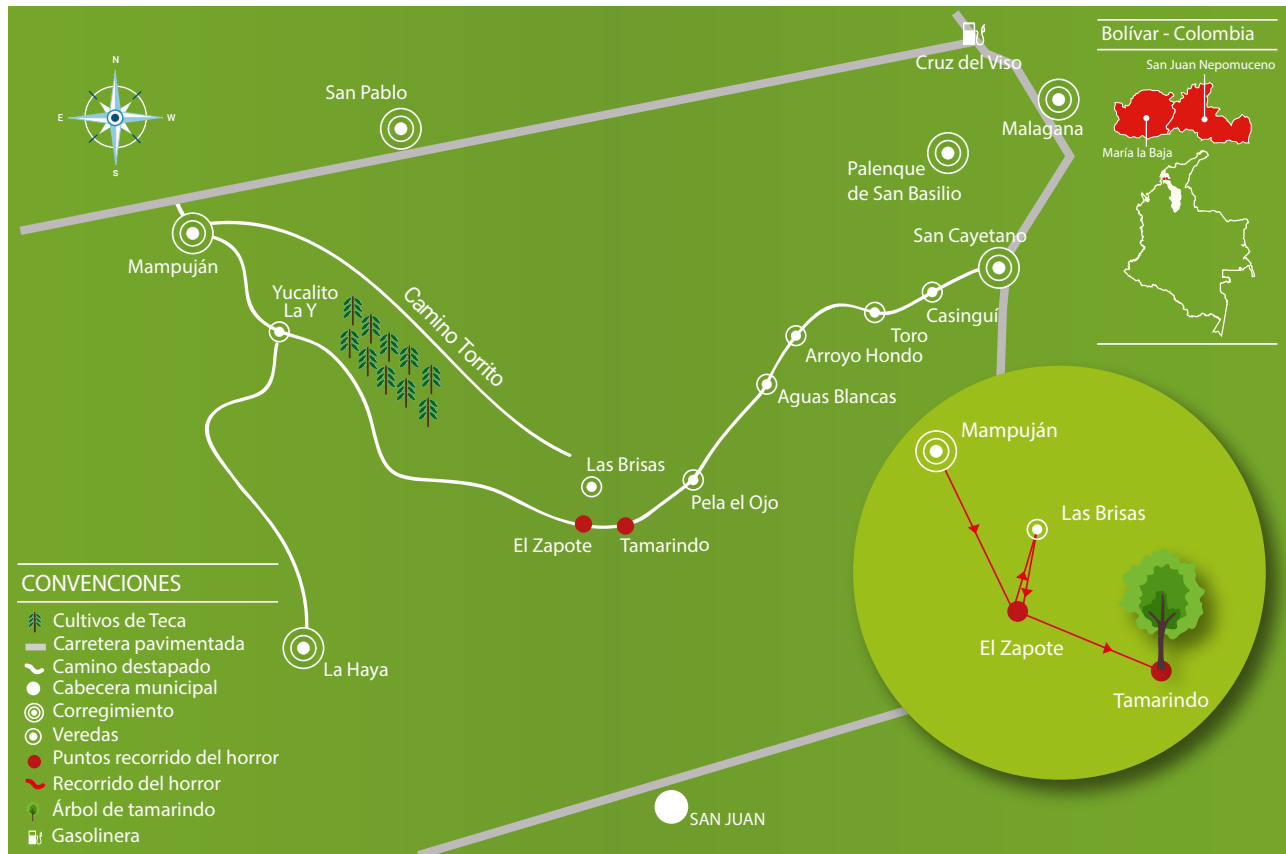


**Árbol de tamarindo de la vereda
Las Brisas, San Juan Nepomuceno
(Bolívar), 2014.** Fotografía: César
Romero Aroca para el CNMH.



Durante el taller de cartografía el tamarindo tomó centralidad en los relatos de la llegada de la violencia a Las Brisas, 2016. Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.

El Tamarindo de las Brisas y los centros poblados aledaños, 2016. Elaboración: María Alejandra Arango para el CNMH.



Tanto el pipirigallo como el tamarindo, antiguos referentes de la vida de los poblados que los acogían, vieron cómo tras la masacre sobrevino la desconfianza, la angustia y el temor que hicieron imperioso el desplazamiento de los sobrevivientes. Los relatos recopilados señalan que en el momento del retorno había gran curiosidad por volver a ver los árboles y por conocer de su destino tras la mancha del horror y el posterior abandono que se ciñó sobre ellos.

En El Salado el retorno tuvo lugar en 2002. Sus habitantes señalan que desde su llegada advirtieron la muerte del árbol y que era solo cuestión de tiempo para su colapso. En estas circunstancias, en el día de la conmemoración de los 11 años de la masacre, el

emblemático árbol fue removido de la plaza pública. Los pobladores del corregimiento atribuyen su muerte a dos hipótesis: la primera hace énfasis en el hecho de que el vaciamiento de El Salado impidió cuidarlo, de modo que del abandono sobrevino la muerte. La segunda teoría atribuye el colapso del árbol al manto de horror e infamia que se ciñó sobre él haciendo imposible que de su tronco germinara de nuevo la vida.

Tanto el árbol como la cancha de microfútbol (otro de los escenarios de la masacre) fueron reemplazados por un gran planchón de cemento que buscó monumentalizar este lugar y de este modo honrar la memoria de las víctimas.

Después de siete años de la masacre de El Salado la comunidad se dispone a resignificar por medio del baile y de la música la cancha y la iglesia. El Salado, Montes de María, 2009. Fotografía:

© Jesús Abad Colorado.



La historia del tamarindo, aunque similar, presenta matices y desenlaces distintos. En el momento del retorno ocurrido en 2010, los habitantes de Las Brisas pensaban que se encontrarían con un enorme y frondoso árbol, no obstante uno de ellos señaló que, al contrario, el tamarindo

quedó como una fotografía, estancado en el tiempo, yo me sorprendí, porque realmente cuando realizo el dibujo, yo estoy en la parte como dejé el tamarindo, o sea un tamarindo que tiene una arquitectura hermosa (...) un tallo recto, liso y solamente tenía un nudo, donde una rama se había caído y yo me imagino ese árbol de tamarindo súper grande, diez años después que teníamos que no veníamos, y qué sorpresa tan grande, que cuando llegué después de los diez años, el tamarindo ni creció ni floreció, ni dio frutos y de la herida esa que tenía, de ese nudo que le llamábamos nosotros, empezó a salir una cicatriz, que la van a ver ahora y cogió todo el cuerpo hasta abajo y lo dejó amorfo, o sea esa arquitectura tan linda que tenía ese arbolito, se perdió y ahora que empezó la gente a retornar, empezó a retoñar, empezó a florecer y este año dio frutos (Testimonio de habitante de Las Brisas. CNMH Taller de memoria, vereda Las Brisas, 16 de marzo de 2016).



El tamarindo y la herida sobre su tallo.

Ilustración: © Manuel Moreno Rodríguez, 2017.

Para la comunidad de Las Brisas el retorno le devolvió la vida al emblemático árbol. La grieta en su tallo la perciben como una muestra de que este sufrió como propios los horrores de la masacre y como tal es una víctima y un sobreviviente más. La población no olvidó lo ocurrido; sin embargo, considera que la mejor manera de honrar la memoria de quienes sufrieron los estragos de la violencia aquel 11 de marzo, es habitar de nuevo sus territorios y buscar devolverles los significados de unidad y arraigo que los armados quisieron arrebatarles.



El mango, las palmas, la guama y el caucho. Entre el castigo y la enseñanza de la muerte

Los paisajes de los que hacen parte el mango, las palmas, la guama y el caucho están separados geográficamente por varios cientos de kilómetros. A pesar de ello sus historias tienen como hilo conductor común la configuración de complejas estructuras de la muerte organizadas en torno a ellos. El árbol de mango y las palmas se encuentran en Puerto Torres, un pequeño caserío de Belén de los Andaquíes (Caquetá). El cau-

cho por su parte, está emplazado en los paisajes del litoral de los Montes de María en el área rural de San Onofre (Sucre). La guama, por último, está ubicada en el sur de Antioquia en el municipio de Argelia.

En Puerto Torres, el Frente Sur Andaquíes del Bloque Central Bolívar de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) conformó lo que se conoció como una *escuela de la muerte*, un lugar destinado a impartir instrucciones a los miembros del grupo armado en temas como formas de tortura, de asesinato y de desaparición de los cuerpos de las víctimas. Para ejecutar estas acciones el grupo paramilitar se tomó el caserío entre el año 2000 y 2003.

El eje de la *escuela de la muerte* de Puerto Torres se ubicó en torno al colegio, la iglesia y la casa cural. El mango se encuentra en el patio de la institución educativa y aún su corteza, 15 años después de la presencia del grupo armado, narra algunos de los episodios que ocurrieron bajo sus ramas al mostrar huellas de quemaduras, impactos de proyectil y cortes causados por arma blanca.





Árbol de mango en el patio de las ruinas del colegio Gerardo Valencia Cano en Puerto Torres, Belén de los Andaquíes (Caquetá), 2017.

Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

En torno al mango, la comunidad de Puerto Torres también tuvo que afrontar la discusión de cómo tramitar los procesos de duelo y de memoria y de cómo relacionarse con los lugares que habían sido marcados con la impronta del pavor. Aunque no hubo un total consenso, la decisión tomada por algunos habitantes fue poner fin a la vida del árbol *anillando* su tronco¹⁰; sin embargo, para sorpresa de muchos y el gusto de otros que no querían verlo morir, el mango sobrevivió y aunque cada día está más débil, continúa siendo uno de los testigos vivos de la violencia en el Caquetá.



Así quedaron la iglesia y la casa cural luego de que la comunidad de Puerto Torres pintara las fachadas de las construcciones ubicadas alrededor del parque principal. Puerto Torres, Belén de los Andaquíes (Caquetá), 2017.

Fotografía: © Alirio González.

¹⁰ El anillado es un corte a lo largo de la circunferencia del tronco del árbol que impide el flujo de los alimentos y deriva en su secamiento y posterior muerte.



Plano detallado del árbol de mango. Puerto Torres, Belén de los Andaquíes (Caquetá),

2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



Los restos del árbol de mango. Puerto Torres, Belén de los Andaquíes (Caquetá), 2018. Fotografía: © Alirio González.

Nota: Días antes de la impresión del presente libro, el equipo de investigación de Antropología Forense del CNMH realizó una comisión a Puerto Torres donde constató que el árbol de mango había sido talado. No hay aún muchas pistas sobre la razón de la decisión ni el grado de consenso con el que contó la misma, no obstante sus restos son ahora una huella más en el paisaje y un aporte para los debates acerca de la memoria y las tensiones entre el recuerdo y el olvido.

La zona de las palmas, a poco menos de un kilómetro del colegio, la iglesia y la casa cural completaba el circuito de la muerte de Puerto Torres. Allí, los integrantes del Frente Sur Andaquíes llevaron a muchas de sus víctimas para torturarlas, asesinarlas y sepultarlas. De las decenas de palmas que había en este lugar, hoy solo sobreviven 16. La comunidad de Puerto Torres atribuye su desaparición al daño que las fosas cavadas en esta zona ocasionaron en sus raíces.

La zona de las palmas. Puerto Torres, Belén de los Andaquíes (Caquetá), 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



En torno al árbol de caucho de los Montes de María ocurrió una historia similar. El Palmar, la enorme hacienda que lo alberga fue tomada en 1997 por el Bloque Héroes de los Montes de María de las AUC que convirtió el predio tanto en una base paramilitar, como en un lugar de castigo y muerte para la población de la región.



Árbol de caucho. Hacienda El Palmar, San Onofre (Sucre), 2015. Fotografía: © Juan David Ortiz.

Conflicto en San Onofre - Sucre



La Hacienda el Palmar y su influencia en San Onofre, 2016. Elaboración: María Alejandra Arango para el CNMH.

De acuerdo con los testimonios recopilados, el solo hecho de nombrar “el caucho” generaba temor entre la población sanonofrina ya que quienes eran llevados bajo sus ramas difícilmente volvían a ser vistos con vida. Allí fue colgado, torturado y asesinado un número indeterminado de personas y esta indeterminación es, en buena medida, la que ha impedido a la población romper con el miedo y la zozobra que sigue generando el árbol.

Aunque los episodios de violencia cesaron en 2005 con la desmovilización del grupo armado, el caucho continúa siendo un testigo de la violencia cuya voz sigue sin ser escuchada. Si bien la Fiscalía General de la Nación exhumó 75 cuerpos en la hacienda ese mismo año, las diligencias judiciales cesaron al poco tiempo, a pesar de que la población sanonofrina denunció la existencia de más de 500 cuerpos dentro del predio.

Por último, hacia el centro del país, en la zona del Suroriente antioqueño está ubicado el municipio de Argelia donde la violencia llegó a finales de los noventa y se mantuvo durante siete años. El árbol de guama se convirtió en un testigo más de las memorias de la guerra. Para llegar hasta él se cruza la iglesia y luego se sube hasta la última cuadra del pueblo. Allí empiezan los lotes de pastos para ganado y cultivos de café. “Esto está muy cambiado, café no había, esto era una planada pero en puro pasto, esto es una cosa nueva”, señaló Angelina quien acompañó el recorrido. Aunque el árbol está en el mismo pueblo, Angelina no había vuelto a pasar por ahí. Al llegar, se sentó y buscó las palabras para narrar lo que sucedió. Sin embargo, el aliento no alcanzó para tanto, quedó registrado su rostro en silencio a la sombra de este árbol.



Lo que no se puede contar. Argelia, suroriente antioqueño, 2018. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



El frailejón y el guacamayo. La naturaleza como escudo

Si los ponemos uno al lado del otro encontraremos más diferencias que similitudes entre un frailejón y un guacamayo. El primero hace parte de los paisajes del páramo de Sumapaz en el departamento de Cundinamarca y crece a alturas que superan los 3.000 metros sobre el nivel del mar. El guacamayo por su parte vive a escasos 500 metros de elevación en las cálidas y húmedas tierras de El Doncello (Caquetá).



Frailejones del Sumapaz. Cabrera (Cundinamarca), 2018. Fotografía: César Romero Aroca para el CNMH.

Con cerca de 30 metros de altura, el guacamayo es un árbol grande que se destaca imponente desde las montañas del poblado que lo acoge. El frailejón por su parte es una planta pequeña y de crecimiento lento que, según la especie, crece entre uno y cuatro centímetros al año. En medio de los contrastes, guacamayo y frailejón nos hablan de cómo la naturaleza ha sido determinante en el marco del conflicto, tanto para la presencia como para la disposición de los actores en el territorio.

Doña Clara y su perro junto al guacamayo.
El Doncello (Caquetá), 2017. Fotografía:
María Luisa Moreno para el CNMH.





Vista panorámica de El Doncello (Caquetá) desde el árbol de guacamayo,
2017. Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.



Desde la parte alta de la montaña, el guacamayo ha sido testigo silencioso de la historia de El Doncello y aunque sus varios decenios de vida le hacen portador de un sinnúmero de relatos, en esta ocasión solo nos permite conocer los que lo dejaron marcado para siempre: múltiples huellas en el tallo y ramas que relatan la manera como sirvió de escudo en el marco de los enfrentamientos entre las FARC y el Ejército colombiano. Escondido bajo la sombra del guacamayo el grupo guerrillero divisaba el poblado y planeaba y lanzaba ataques buscando su control. Desde la parte baja y desde el aire el Ejército repelía los ataques y lanzaba los propios. Buena parte de las ráfagas fueron a parar a este árbol que sin quererlo fue vinculado a la historia del conflicto armado.

| 61

Huellas sobre el árbol de guacamayo en El Doncello (Caquetá), 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



En medio de la neblina los frailejones dan forma a los paisajes del Sumapaz. Cabrera (Cundinamarca), 2018.

Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

Más pequeños pero no menos imponentes, los frailejones se disponen recios en medio de las frías tierras del páramo de Sumapaz, una región que a pesar de pertenecer en parte a la capital del país, ha vivido y soportado los embates del conflicto armado desde sus primeros brotes.

Los frailejones fueron centrales para la supervivencia de quienes combatían en el páramo. Algunos testimonios se refirieron a ellos como trincheras que, en medio de la niebla, servían para protegerse de la vista y del fuego enemigo; otros relataron cómo durante las noches heladas las hojas de los frailejones cobijaron a los combatientes para no morir de hipotermia; mientras que otros dieron cuenta de usos asociados a la curación y el tratamiento de las heridas.

En estas condiciones es posible ver cómo en medio del frío de la espesa niebla que los cobijaba, los frailejones sirvieron como escudos, refugios y hasta elementos de supervivencia y curación. Aunque diezmados por el paso del tiempo en la actualidad están retomando su papel de guardianes de los páramos y se están vinculando a procesos medioambientales como los invernaderos desarrollados por el Batallón de Alta Montaña del Sumapaz y Parques Nacionales Naturales de Colombia con los que se espera propender por su protección y repoblamiento.

Si los árboles hablaran: reflexiones alrededor de lo aprendido

De manera previa al conflicto los árboles evocaban, en su mayoría, sentires asociados a momentos felices. Sus sombras eran lugares de encuentro, de enamoramiento, de juego y de intercambio. Podría decirse que en buena medida mangos, cauchos, tamarindos, guamas, palmas, pipirigallos y frailejones eran ejes del desarrollo de la vida comunitaria y pública de los poblados que los acogían y con la llegada de los actores armados

estos significados fueron alterados y sustituidos por relaciones de tensión, conflicto, horror y muerte.

Un lugar común durante los recorridos fue nombrar a los árboles como *los testigos mudos de la violencia* o el lugar del *último suspiro* ya que, aunque parezca sorprendente, múltiples episodios del conflicto ocurrieron bajo sus ramas, tal vez como si los armados entendieran su papel en la articulación de la vida comunitaria y que, al atentar contra ellos, el daño y la desestructuración aumentarían de manera exponencial.

Aunque los árboles no pueden narrar sus historias mediante palabras, su silencio no es absoluto. Además de testigos fueron víctimas y en ellos, o en lo que pervive de ellos, habitan huellas que se mantienen vivas a pesar de que la implacabilidad del tiempo amenace con borrarlas. Algunos de los árboles descritos hacen parte de paisajes en ruinas que por el momento han sido cerrados o abandonados por las propias comunidades. Puede que en poco tiempo estos árboles retomen un significado comunitario y las huellas de la guerra se conviertan en una capa más de otra etapa de sus vidas.

4.2. Los cuerpos de agua



64 |

Cuando hablamos de agua, hablamos de vida y si lo pensamos por un segundo la relación entre los dos conceptos tiene sentido. Durante los recorridos hechos, esta relación fue una constante ya que en varios momentos las ideas sobre el agua aparecían ligadas al alimento, el amor, la salud, el transporte, el juego, la unidad, la fiesta y el trabajo. A pesar de ello, en el momento en que las dinámicas del conflicto armado hacían presencia en la discusión, los sentidos asociados a ella se alteraban drásticamente.

La guerra encontró en el agua una forma de causar daño, de desestructurar poblaciones, de alterar sentidos y de esconder sus horrores. Las siguientes páginas dan vida a las historias de algunos de los ríos, lagos y ciénagas de nuestro país cuyos paisajes aún se debaten entre significados de vida, muerte y resistencia.

Río Bojayá. Bojayá, 2017.

Ilustración: © Manuel
Moreno Rodríguez.



Controlar y reclutar. El Catatumbo y el Vaupés

En muchas regiones del país los ríos son la principal alternativa de transporte. Sus aguas comunican a una región con otra y permiten el movimiento de personas y de productos. Estas condiciones sumadas a los intereses estratégicos y económicos de los grupos armados desencadenaron una serie de medidas que pretendieron restringir y controlar todas las acciones que tenían lugar sobre sus aguas. En un abrir y cerrar de ojos varios de los ríos del país pasaron a ser controlados por paramilitares, ejército o guerrilla.



El río Catatumbo es uno de los casos que ejemplifica esta historia de control. Al recorrer el corregimiento de La Gabarra fue posible evidenciar cómo en varios puntos del río las AUC instalaron retenes, lugares de tortura, bodegas y puestos de vigilancia. Las aguas del Catatumbo dejaron de ser transitadas, sus habitantes empezaron a ser estigmatizados como pertenecientes a los grupos guerrilleros y el horror y la muerte pasaron a ser parte de la cotidianidad.



Río Catatumbo, corregimiento La Gabarra (Norte de Santander), 2016. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



Si bien las agitadas aguas del Catatumbo se han encargado de borrar buena parte de las huellas de la violencia, muchas de ellas perviven inscritas tanto en la memoria de sus habitantes, como en las ruinas de los paisajes circundantes al río.

Vereda El Cuervo sobre el río Catatumbo, La Gabarra (Norte de Santander), 2016.

Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



El recorrido por el río Vaupés también dio cuenta de la presencia, la violencia y el control asociado a un grupo armado. Adicionalmente, permitió identificar sentidos y significados diferentes en torno a los cuerpos de agua. Para las comunidades indígenas de Bocas del Yi el río simboliza la vida, se dice que la comunidad misma proviene del agua y que su cotidianidad discurre en torno a ella. Durante el conflicto armado el río Vaupés pasó de ser quien

| 67

Caño Yi, afluente del río Vaupés, Mitú (Vaupés),
2018. Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.



Los jóvenes aprenden a pescar desde muy pequeños con vara y nailon, caño Yi, río Vaupés, 2018. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

Castigar y resignificar. El lago de La Pelona

El lago de la vereda La Pelona, en San Onofre (Sucre) es un cuerpo de agua construido por esta comunidad de la zona del litoral de los Montes de María con el fin de irrigar sus cultivos y desarrollar un proyecto piscícola que contribuyera a la estabilidad laboral y económica del territorio. Se trataba de un lugar estratégico para la vida comunitaria de la región y precisamente fue el elegido por los paramilitares del Bloque Héroes de los Montes de María para consolidar un lugar de castigo en la región de San Onofre.

El Lago de La Pelona, San Onofre (Sucre), 2016.

Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.



Uno de los testimonios recopilados señala que el comandante paramilitar Rodrigo Mercado, alias Cadena,

convirtió el lago en una zona de criadero de pescado de sábalo. Y el área de producción (...) la convirtió, ahí sembró yuca, ají, berenjena. Entonces, ¿qué pasaba con eso? Las personas de Berrugas, de Rincón, de San Onofre y sus alrededores a veces, cuando cometían una falta, eran castigadas. Por eso nosotros le llamamos zona de castigo. Eran castigados y sus culpas las venían a pagar aquí. ¿De qué forma las pagaban? Unos recogían ají, otros tiraban los machetes a tierra de cultivo, otros limpiaban el sucio que salía en el lago y muchas mujeres que venían de esa zona de castigo, después de que pagaban su condena, eran violadas por los hombres del señor (CNMH, Entrevista a persona de la región. Recorrido vereda La Pelona, municipio de San Onofre [Sucre], mayo de 2016).

Cuando las personas de la comunidad pudieron regresar a La Pelona buscaron reapropiarse de la vereda. Retiraron los sábalos, pusieron en marcha un proyecto

de truchas e iniciaron actividades agrícolas en el marco de una iniciativa comunitaria llamada Coagropel. El Colectivo de Narradores y Narradoras de la Memoria¹¹ desarrolló el Centro de Producción Radial, con el que se pretende alcanzar unas condiciones de vida dignas para quienes retornaron y sanar las heridas que dejaron los años de ocupación armada en su territorio.

Desaparecer. La Pala, La Soledad y el Catatumbo

El río La Pala en el Consejo Comunitario de La Larga y Tumaradó, la laguna La Soledad en Campo Dos, Tibú y el río Catatumbo tuvieron como denominador común la puesta en marcha de estrategias de horror que pretendieron desestructurar la vida social, provocar el desplazamiento y borrar las huellas de los crímenes cometidos.



¹¹ El Colectivo está compuesto por un grupo de jóvenes y adultos de las veredas La Pelona y Sincelejito que desarrollaron una iniciativa radial para difundir y preservar la memoria en sus regiones.



Placa ubicada en el puente de La Gabarra sobre el río Catatumbo (Norte de Santander), 2016. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

Para nadie es un secreto que los cuerpos de agua configuran uno de los cementerios más grandes de Colombia e incluso algunos excombatientes de los grupos paramilitares han llegado a afirmar que en nuestro país “el número de personas que terminaron en los ríos es superior al de los muertos sepultados en fosas comunes” (Semana, 2017, 12 de agosto, “Cementerios de agua y piedra”).

**Laguna La Soledad, Tibú
(Norte de Santander),
2016.** Fotografía: Camilo
Ara para el CNMH.





Durante los recorridos tanto La Pala y el Catatumbo, como la Laguna La Soledad aparecieron dentro del listado de cuerpos de agua a los que fueron a parar las víctimas mortales del conflicto armado. En ambos casos los grupos paramilitares (el Bloque Bananero y el Bloque Catatumbo) se valieron de los ríos para lograr un doble propósito: la desaparición física de las víctimas mortales y la difusión de un mensaje de horror a partir de los cuerpos que flotaban por las aguas.

| 73

Río La Pala, Consejo Comunitario de La Larga y Tumaradó, Riosucio (Chocó), 2017.

Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.



Manipular y envenenar. La Larga y Tumaradó y el río Bojayá

Aunque los paisajes de la violencia que se abordan en esta sección fueron víctimas directas de la confrontación armada en el marco del conflicto, en este caso sus voces se abordaron desde la perspectiva de una historia que va más allá de la violencia física. Las aguas de La Larga y Tumaradó y del río Bojayá narran agnizantes las historias de manipulación y alteración de las fuentes hídricas con miras a la puesta en marcha de proyectos en los que primó el beneficio económico sobre el bienestar y la salud de la población y sus territorios.

En La Larga y Tumaradó aumentó la extensa lista de las víctimas de los proyectos económicos que se desarrollaban en la región. Durante la segunda mitad

del siglo XX fueron alterados los cursos de ríos como La Pala, Larga Boba, Los Chipés, entre otros, con el fin de establecer canales para transportar la madera que se extraía hacia los grandes puertos de la región. Por otro lado, las ciénagas que solían caracterizar a las tierras del Consejo Comunitario se drenaron y sustituyeron por extensas planicies destinadas a actividades ganaderas.

El Bojayá, por su parte, narra la historia de un río enfermo, carente de peces, contaminado tanto por los químicos provenientes de los laboratorios de coca que se extienden por su cauce, como por la torpe respuesta de quienes luchan contra al narcotráfico mediante la fumigación indiscriminada de cultivos, comunidades y ríos.



Antiguo afluente del río Larga Boba, Consejo Comunitario de La Larga y Tumaradó, Riosucio (Chocó), 2017. Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.



Recorrido por el río Bojayá con el pueblo embera dóbida, 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



El río y las prácticas cotidianas. Taller de memoria realizado con niños y niñas de la comunidad de Mojaudó, Bojayá, (Chocó), 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

Si los cuerpos de agua hablaran: reflexiones alrededor de lo aprendido

Los recorridos por los paisajes de la violencia permitieron entender que los cuerpos de agua fueron tanto testigos como víctimas de las dinámicas del conflicto. Lagos, ríos y ciénagas nos hablaron de episodios concretos de la violencia armada, pero también dieron cuenta de cómo la guerra se inscribe dentro de estrategias de mayor escala como el despojo y el desarrollo de proyectos económicos.

Los cuerpos de agua son parte del paisaje de la violencia en la medida en que sus características propias dan lugar para que sean usados como fosas comunes, como recurso útil para proyectos económicos que se gestan alrededor de la presencia armada, y como control de la movilización humana por medio de retenes.

4.3. Las ruinas



Campamento de las FARC. La Macarena, Meta, 2017. Ilustración: © Manuel Moreno Rodríguez.

Las ruinas son “*lo que queda, el después* material y social de las relaciones, las sensibilidades y las cosas” (Stoler, 2008, página 191), evocan silencio, ansiedad y curiosidad. En ellas el tiempo parece transcurrir más lento y al aproximarnos solemos hacerlo con cautela ya que la tensa calma de su presente esconde, en cada esquina, las huellas de un pasado agitado que devino en abandono y desolación.

Colegios y hogares abandonados, antiguos campamentos militares, trincheras, pueblos arrasados, entre otros, son algunos de los centenares de ruinas que se extienden por el territorio colombiano. El registro de cada una de ellas constituye una tarea que de momento desborda los alcances de la investigación. En estas condiciones a continuación nos detendremos en algunas de las más representativas identificadas a lo largo de los recorridos por los paisajes de la violencia. El análisis girará en torno a tres tipos de ruinas, las de los lugares comunitarios, las de los lugares construidos en el contexto de la guerra y las que nos hablan de la violencia en una perspectiva de mayor duración.

Los lugares comunitarios

Dentro de este grupo hacemos referencia a lugares relacionados con la vida cotidiana de las comunidades que en el contexto del conflicto armado fueron objeto de resignificaciones que a la postre condujeron a su abandono. Nos referiremos de manera específica a las viviendas y a los colegios identificados a lo largo de los recorridos.

78 |

Aunque los impactos y la intensidad del conflicto armado han sido diferentes a lo largo del territorio nacional, prácticamente en cada carretera o centro poblado visitado se advirtieron viviendas en ruinas cuyas historias se asocian a episodios violentos como combates, asesinatos selectivos, masacres, presencia de actores armados, entre otros. Durante los recorridos aparecieron tanto casos donde una vivienda abandonada contrastaba con el paisaje del que hacía parte, como otros donde varias viviendas abandonadas configuraban paisajes enteros en ruinas.



Casa en ruinas. Puente Linda, municipio de Nariño (Antioquia), 2017. Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.

Un ejemplo de la escala individual lo encontramos en la vereda Puente Linda del municipio de Nariño (Antioquia) donde la enorme vivienda en ruinas que se esconde en la montaña, aparece como una de las pocas huellas visibles del conflicto en esta región. Se trata de una construcción de dos pisos, ostentosas columnas y pilares que aun sostienen la enorme estructura que día a día la naturaleza se empeña en recuperar. Según los habitantes de la zona esta vivienda quedó deshabitada como consecuencia de la presencia de las FARC que se asentaron en la región entre 1999 y 2004 con la intención de controlar los límites entre Antioquia y Caldas.



Casa en ruinas. Puente Linda, municipio de Nariño (Antioquia), 2017. Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.



En el casco urbano de La Gabarra en el bajo Catatumbo nos encontramos con una zona del pueblo con algunas casas que constituyen un paisaje en ruinas en una escala más amplia. En medio de masacres, asesinatos selectivos, torturas y retenes el Bloque Catatumbo de las AUC hizo su ingreso definitivo a este corregimiento del Norte de Santander en agosto de 1999.

Casa número 30. La Gabarra (Norte de Santander), 2013. Fotografía: Juan Pablo Luque para el CNMH.



Allí los paramilitares marcaron varias viviendas con números que definían el lugar de residencia de *sus nuevos propietarios* y hasta el día de hoy se mantienen como ruinas ya que “sus dueños no quieren ocuparlas porque saben que fueron usadas por sus victimarios como residencias, casas de tortura, sitios de diversión, oficinas o sedes de procesamiento de drogas ilícitas o destrucción de bienes de vecinos, amigos y conocidos” (CNMH, 2015, página 126).



Otro ejemplo de ello tuvo lugar en La Tunia, en los límites entre La Macarena (Meta) y San Vicente del Caguán (Cauquetá), donde nos encontramos con un caserío abandonado cuyo auge y apogeo tuvo lugar durante el tiempo en que funcionó la Zona de Distensión acordada entre el Gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC.



Huellas del control territorial de las FARC. Caserío La Tunia, La Macarena (Meta), 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

Entre 1998 y 2002 La Tunia inició un rápido proceso de poblamiento ya que el río del que tomó su nombre era una importante ruta de tránsito entre el Meta, el Caquetá y el Guaviare. A pesar de ello, en el momento en que se levantaron los diálogos de paz, dejó de ser transitada, las acciones armadas se hicieron recurrentes y la población empezó a ser víctima de la estigmatización tanto del Gobierno colombiano como del grupo guerrillero. Poco tiempo bastó para que el caserío fuera vaciado en su totalidad.

En la actualidad La Tunia continúa en ruinas y aunque la mayor parte de las viviendas sigue en pie, la sensación de soledad es una constante. Una única tienda, destinada al aprovisionamiento de las tropas del Ejército Nacional que patrulla la zona, se encarga de romper el silencio que se ha instalado en el caserío desde su abandono hace más de quince años.



Casa en ruinas. La Tunia, La Macarena (Meta), 2017.

Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

En medio del conflicto armado cientos de colegios fueron despojados de sus sentidos de enseñanza para ser reemplazados por otros en los que la guerra pasó a ser la prioridad. Algunos aún no se recuperan y durante los recorridos fue posible visitar sus ruinas y conocer parte de las historias que esconden.

En el Bajo Catatumbo, durante el recorrido realizado entre Tibú y La Gabarra nos encontramos con el Centro Educativo Rural La Serpentina y con el Centro Educativo El Taladro ubicados en la vereda Palmeras Mirador. Allí, en varios momentos, estos espacios de enseñanza se convirtieron en un lugar de combates entre la guerrilla y las AUC. Tanto las paredes con marcas de proyectiles, como los grafitis dejados por los grupos armados son algunas de las huellas que cuentan la historia de esta zona del Catatumbo colombiano.



Huellas de la presencia de las FARC dentro de la escuela. Vereda Palmeras Mirador, municipio de Tibú (Norte de Santander), 2016. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



Huellas de impactos de proyectil en la puerta de la escuela El Taladro. Vereda Palmeras Mirador, municipio de Tibú (Norte de Santander), 2016. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



**Fachada de la escuela La Quiebra, entre Sonsón,
Argelia y Nariño (sur de Antioquia), 2017.** Fotografía:
María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

Una situación similar ocurrió en La Quiebra, una vereda de Antioquia, porque la ubicación de la institución educativa, en la intersección que une a los municipios de Sonsón, Argelia y Nariño, la convirtió en una trinchera y una base militar de los grupos armados que buscaban controlar la zona. Según los testimonios recopilados, tanto guerrilla como paramilitares se tomaron la escuela en varios momentos y hasta el día en que se realizó el recorrido, el lugar seguía siendo una ruina. Trozos de pupitres, restos de tableros y una que otra marca borrosa de los murales, que hace más de quince años pintaron sus estudiantes, son algunas de las huellas que se empeñan en mantener vivo el recuerdo de aquella institución educativa.



Ruinas de la escuela La Quebra, entre Sonsón, Argelia y Nariño (sur de Antioquia), 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



Ruinas del colegio Gerardo Valencia Cano. Puerto Torres, Belén de los Andaquíes (Caquetá), 2014. Fotografía: César Romero Aroca para el CNMH.

Por último, el colegio Gerardo Valencia Cano en Puerto Torres exhibe algunos de los momentos más difíciles del conflicto armado vividos en el sur del Caquetá. A diferencia de las anteriores, esta institución educativa no fue escenario de enfrentamientos, sino que fue tomada en su totalidad por el Frente Sur Andaquíes de las AUC para poner en funcionamiento una compleja estructura de muerte, tortura y desaparición forzada. Hasta el día de hoy el colegio continúa abandonado y si bien su fachada ha sido pintada de forma colorida, tan pronto se cruza su portón emerge un paisaje en ruinas que transporta de manera inmediata a los años del dominio y terror paramilitar en la región.



Ruinas del colegio Gerardo Valencia Cano. Puerto Torres, Belén de los Andaquíes (Caquetá), 2017. Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.



Los lugares construidos por y para la guerra

Así como las dinámicas del conflicto convirtieron en ruinas a varios lugares emblemáticos para la vida cotidiana de las comunidades, es posible identificar escenarios similares cuyos usos y significados emergieron en el contexto de la guerra. Nos detendremos de manera breve en tres casos identificados a lo largo de los recorridos: los antiguos campamentos de las FARC como producto de la Zona de Distensión, las trincheras construidas por los grupos armados y la hacienda El Recreo ubicada en los llanos del Yarí.

Una de las huellas más visibles de la antigua Zona de Distensión la encontramos en los campamentos que la guerrilla de las FARC construyó en el momento en que se realizaban los diálogos de paz con el gobierno de Andrés Pastrana entre 1998 y 2002. Durante el recorrido realizado entre Florencia (Caquetá) y La Macarena (Meta), se visitaron los antiguos lugares de asentamiento de comandantes del grupo armado como Milton de Jesús Toncel alias *Joaquín Gómez*, William Manjarrés alias *Adán Izquierdo* y Víctor Julio Suárez, alias el *Mono Jojoy*.



Entrada a campamento del comandante de las FARC Milton de Jesús Toncel Redondo, alias Joaquín Gómez. La Macarena (Meta), 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



Ruinas de la cocina del campamento de alias Joaquín Gómez en La Macarena (Meta), 2017 Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

Estos lugares contruidos para alojar a varias decenas de combatientes, nos hablan de un momento de la historia en el que el grupo armado buscó renunciar a su condición de guerrilla móvil y consolidar su permanencia e influencia en la región sirviéndose de elementos como el ladrillo y el cemento. En el mismo sentido la existencia de estos campamentos, cuya construcción pudo tardar meses, muestra un momento de calma en medio de las hostilidades del conflicto.



Zona de lavandería en el campamento de alias Joaquín Gómez. La Macarena (Meta), 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

Planchón de las ruinas del campamento de alias
Joaquín Gómez. La Macarena (Meta), 2017. Fotografía:
María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.





Estructura en ruinas del campamento de alias
Joaquín Gómez. La Macarena (Meta), 2017. Fotografía:
María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

Área destinada para el lavado y revisión de
vehículos dentro del campamento de alias *Joaquín*
Gómez, La Macarena (Meta), 2017. Fotografía:
María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.





Ruinas del campamento de William Manjarrés,
alias Adán Izquierdo, La Macarena (Meta), 2017.

Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



Las ruinas de estos lugares narran también la historia del fracaso de la Zona de Distensión, del fin de un sueño de paz para un país entero y el retorno de las operaciones bélicas que traerían algunos de los años más cruentos de violencia tanto para la región como para el país.

Tumba de alias *Adán Izquierdo* ubicada en las ruinas de su antiguo campamento, La Macarena (Meta), 2017. Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.

Ruinas de la piscina de la Casa Roja de Antonio Marín alias *Manuel Marulanda-Tirofijo*, en el caserío La Sombra. La Macarena (Meta), 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.





Trincheras en la base militar Banderas del Ejército Nacional. Cabrera (Cundinamarca), 2018. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

En segundo lugar, las trincheras, en razón de su permanencia en el tiempo y en el espacio, figuran dentro del listado de las ruinas más visibles que el conflicto armado dejó a su paso por el territorio colombiano. Durante los recorridos se registraron trincheras en Antioquia, Cundinamarca, Caquetá, Meta y Norte de Santander. Su aparición y ubicación nos habló de manera inmediata de la existencia de un punto estratégico en el marco de las acciones militares, que solían desarrollarse en lugares altos de los centros poblados y junto a puentes, edificios, plazas centrales, entre otros. De igual manera las características de las trincheras ofrecen algunas pistas tanto sobre el tipo de acciones militares que ocurrían en torno a ellas, como sobre las condiciones del grupo armado que las construyó.

De este modo, las trincheras identificadas en Argelia y Nariño en Antioquia o las del bajo Catatumbo en el Norte de Santander, dieron muestras de ser construidas con poco tiempo y con escasos materiales, características que nos permiten hablar de contextos de combate constante y de la ausencia de control estable por parte de un solo grupo armado.



**Trinchera en el cerro El Tabor. Aquitania (Antioquia),
2017.** Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.



Trinchera ubicada en uno de los cerros del corregimiento de Puerto Venus.

Nariño (Antioquia), 2017. Fotografía:

Javier Díaz Melo para el CNMH.



Panorámica de Puerto Venus desde una trinchera ubicada en uno de los cerros del corregimiento, 2017.

Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.



Por otro lado, trincheras como las identificadas en la carretera que conduce de Florencia a San Vicente del Caguán en el Caquetá, cuya construcción hecha con diferentes materiales y grandes estructuras, nos permite hablar de cierta permanencia y dominio de la zona del grupo armado que las defendía. Sin embargo, el levantamiento de este tipo de trincheras fue atribuida, en su mayoría, al Ejército Nacional.

Trincheras y vista panorámica de la cabecera municipal. Argelia (Antioquia), 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



**Trinchera en el puente del río Guayas,
Puerto Rico (Caquetá), 2017.** Fotografía:
Javier Díaz Melo para el CNMH.



Trincheras. Puerto Rico (Caquetá), 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



Trinchera junto a puesto de retén. Puerto Rico (Caquetá), 2017. Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

Por último, durante la correría por los Llanos del Yará, en los límites entre el Meta y el Caquetá, visitamos las ruinas de la hacienda El Recreo, una enorme casa en la que la naturaleza avanza dentro de la construcción, en procura de recuperar el espacio que le fue usurpado desde hace varias décadas. Si bien el paso del tiempo ha borrado buena parte de las huellas de su historia, aún puede percibirse la suntuosidad de la construcción, soportada por grandes columnas y pilares y que cuenta con enormes habitaciones, pisos enchapados y rosetas de luz.



Ruinas de la hacienda El Recreo. La Macarena (Meta), 2017.

Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

A medida que continuaba el recorrido la espesa vegetación hizo más difícil el movimiento y si bien se tenía conocimiento de la extensión del predio solo fue posible recorrer una parte. Dentro de los elementos destacables, a un costado de la casa encontramos los rastros de la que fue una pista de aterrizaje de cerca de dos kilómetros de longitud en la que, según cuentan los habitantes de la región, llegaban y partían constantemente aviones durante los años en que el narcotraficante Gonzalo Rodríguez Gacha, *El Mexicano*, hizo presencia en la zona.



Pista de aterrizaje de la hacienda El Recreo. La Macarena (Meta), 2017.

Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.



Los campamentos caucheros y madereros. Un conflicto de larga duración

Tanto el recorrido en La Chorrera en el Amazonas, como el realizado en el Consejo Comunitario de La Larga y Tumaradó en el bajo Atrato, dieron cuenta de una violencia que excede los tiempos del conflicto armado contemporáneo. Ambos casos supusieron huellas más difíciles de ver y de rastrear en el paisaje, cuyos impactos se remontan a las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX en el marco del genocidio cauchero en el caso de La Chorrera y del arrasamiento maderero en el de La Larga y Tumaradó.



Aunque en los dos casos fue posible identificar los principales campamentos de acopio tanto de caucho, como de maderas finas, el paisaje en ruinas en este caso consistió, no en identificar las huellas de lo visible, sino las de lo ausente. En La Larga y Tumaradó, décadas de tala de madera alteraron los paisajes del Bajo Atrato y las miles de hectáreas de árboles que solían habitar las tierras del Consejo Comunitario terminaron dando paso a la ganadería extensiva y a los monocultivos de cacao, arroz y plátano. En La Chorrera los años de la explotación cauchera dejaron un paisaje sin caminos, sin habitantes en la mayoría de los campamentos y poco rastro físico de dichas estructuras realizadas a principios del siglo XX.



Después de décadas la extracción maderera continúa en el Consejo Comunitario de La Larga y Tumaradó (Chocó), 2017. Fotografía: Javier Díaz Melo para el CNMH.

Si las ruinas hablaran: reflexiones alrededor de lo aprendido

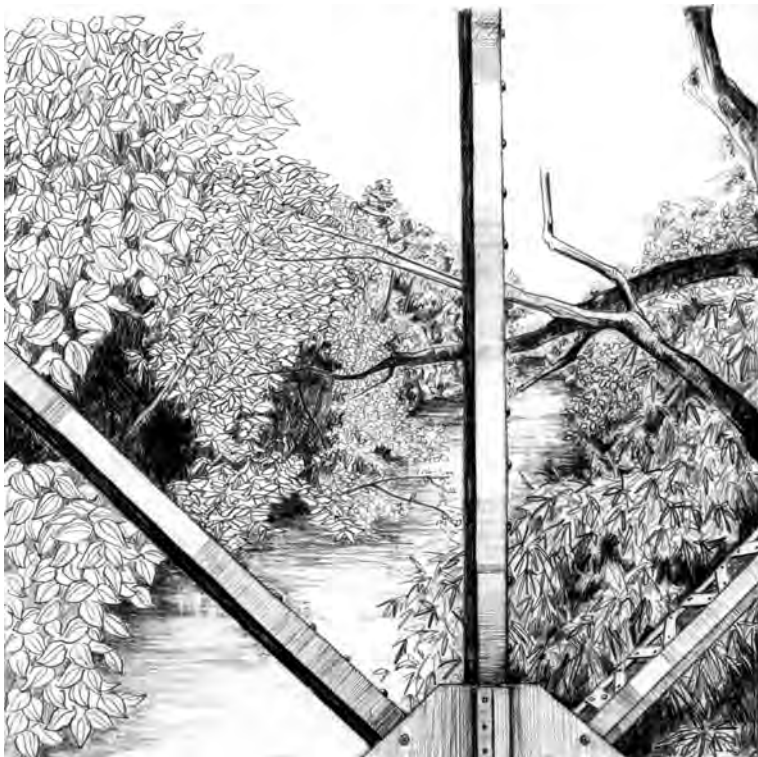
Los paisajes en ruinas son el punto de encuentro entre un pasado agitado, un presente que se rehúsa a olvidar la memoria de sus víctimas y las proyecciones de un futuro del que se espera no cometer los errores de las generaciones anteriores.

Aunque parezcan vacías o estáticas, las ruinas muestran algunas de las huellas más tangibles del paso de la guerra y son un poderoso vehículo de memoria que permite potenciar las voces de quienes sufrieron la

violencia y narrar episodios que en muchas ocasiones no tuvieron más testigos que los lugares mismos.

Como se mencionó líneas arriba, las ruinas son un claro ejemplo de las múltiples capas que dan forma al paisaje y evidencian una memoria superpuesta entre narrativas humanas, hitos, periodos cortos, y huellas tangibles e intangibles que proponen una mirada sobre el espacio, el lugar y los sentidos que constituyen los paisajes de la violencia.

4.4. Los caminos y los puentes



Puente sobre el río San Miguel, Tibú (Norte de Santander), 2017. Ilustración: © Manuel Moreno Rodríguez.

Los caminos y los puentes conectan y unen tanto lugares, como comunidades. No obstante, esta idea que subyace su esencia fue alterada en los contextos de conflicto armado porque se les atribuyeron, además, sentidos asociados al miedo, la guerra, el horror, el aislamiento y la muerte.

Los caminos

Cuando hablamos de caminos nos referimos a carreteras pavimentadas, a trochas y senderos. Igualmente incluimos dentro de la lista a los ríos ya que en muchos lugares del país las condiciones geográficas y sociales han hecho de ellos las principales vías de comunicación entre una comunidad y otra.

En el conflicto armado, los caminos pasaron de ser escenarios de tránsito cotidiano a convertirse en lugares de uso restringido que solo se atravesaban cuando era imperioso hacerlo, pues ya no unían un punto con otro, sino que lo separaban, marcaban fronteras.

Los caminos fueron objeto de control de los grupos armados, en torno a ellos se establecieron retenes y lugares de tortura y de asesinato. Del mismo modo los senderos de herradura, que las comunidades solían transitar, pasaron a ser utilizados como rutas de repliegue por las cuales se movían tropas, cargamentos y personas secuestradas.

En el caso de Argelia en el sur de Antioquia, algunos de los caminos que conectan veredas con el casco urbano, muestran puntos de referencia donde se impartía la orden de bajar de las chivas o de los carros a quienes se les acusaba de pertenecer al bando enemigo. Unas eran asesinadas, otras eran secuestradas y entonces en este caso los caminos se prolongaban en días o meses de largas caminatas hacia las montañas de la cordillera central.



Caminos de Argelia (Antioquia), 2018.

Fotografía: María Luisa Moreno Rodríguez para el CNMH.

Los puentes

Los puentes narran una historia similar ya que se trata de estructuras que conectan la geografía y que facilitan las relaciones entre las comunidades y su entorno. Son intervenciones humanas construidas de manera deliberada sobre el espacio para reducir las distancias, conectar montañas, unir abismos y atravesar ríos.

En el contexto de la guerra los puentes adquirieron un alto valor estratégico ya que quienes buscaban mantener el dominio de un lugar procuraron, de forma paralela, controlar el ingreso y la salida. Por ello, rápidamente empezaron a ser percibidos como marcadores y lugares emblemáticos de la guerra.

En torno a ellos se establecieron trincheras y puntos de control, en varias regiones del país fueron dinamitados para suspender la comunicación y mantener aislado a determinado lugar. Por otro lado, funcionaron como lugares de tortura y muerte porque garantizaban la obediencia y el temor de la sociedad civil.

Los puentes del río La Pala en La Larga y Tumaradó, el del río San Miguel en el Catatumbo y el del río Samaná en Puerto Venus (Antioquia) fueron algunos de los casos identificados con este tipo de acciones. Allí, sus pobladores aún recuerdan los retenes, los combates y los asesinatos que de un momento a otro empezaron a ser parte de la cotidianidad de sus comunidades en el marco de la guerra.



**Puente sobre el río La Pala,
Consejo Comunitario de La
Larga y Tumaradó (Chocó), 2017.**
Fotografía: Javier Díaz para el CNMH.



**Río San Miguel. Tibú
(Norte de Santander),
2016.** Fotografía: Camilo
Ara para el CNMH.



Puente sobre el río San Miguel. Tibú (Norte de Santander), 2016.
Fotografía: María Luisa Moreno para el CNMH.



Puente sobre el río Samaná.
Corregimiento de Puerto Venus,
Nariño (Antioquia), 2017. Fotografía:
Javier Díaz Melo para el CNMH.

Si los caminos y los puentes hablaran: reflexiones alrededor de lo aprendido

De manera generalizada, antes de la llegada del conflicto armado a las regiones visitadas, los puentes y los caminos se asociaban al encuentro y al intercambio. Aunque las distancias fueran largas, las comunidades transitaban sin mayores preocupaciones los senderos que conectaban diferentes puntos de su geografía. Con la irrupción de los actores armados estos significados cambiaron y derivaron en confinamiento, miedo y angustia. En corto tiempo los puentes y los caminos dejaron de ser transitados y pasaron a ser disputados

por los violentos que intimidaron a la población para ejercer control sobre los territorios.

Aunque con el paso del tiempo buena parte de las huellas contenidas en los puentes y caminos de Colombia han desaparecido, muchas de ellas permanecen a la espera de ser encontradas, leídas e interpretadas y de este modo contribuir al esclarecimiento de historias de las que, en muchos casos, el lugar fue el único testigo.

4.5. Las voces de los paisajes de la violencia. A manera de cierre

Uno de los objetivos trazados al comienzo del proyecto de investigación consistió en preguntarnos sobre lo que los paisajes tenían para contar en virtud del conflicto armado. Si bien, oír sus voces fue todo un reto, al final de los doce recorridos nos dimos cuenta de que los árboles, los ríos, las ruinas, los puentes y los caminos fueron tanto testigos como víctimas de la violencia en nuestro país.

En su papel de testigos, al prestar atención a las huellas existentes en los territorios, los paisajes configuran una potente herramienta para contribuir a los procesos de memoria y verdad, y de este modo aportar a la reparación de las víctimas y a la identificación de responsables de los diferentes episodios de la guerra.

Por otro lado, en su condición de víctimas, los paisajes de la violencia ponen sobre la mesa que las dinámicas del conflicto armado afectaron tanto a individuos

y colectividades como al entorno que daba sentido y sustento a sus vidas. Los recorridos permitieron identificar ríos contaminados, ciénagas desecadas, cursos de agua manipulados, hectáreas de bosques arrasadas y especies de flora y fauna desaparecidas. En buena medida, los hallazgos del proyecto de investigación suponen una voz que se suma al llamado por reconocer al territorio como un sujeto colectivo que requiere atención y reparación.

Finalmente, aunque los recorridos por los paisajes de la violencia en Colombia nos hablan de los impactos del conflicto y del largo camino que queda por recorrer en los procesos de verdad, justicia y reparación, también nos muestran las voces e iniciativas de resistencia de las comunidades, que en medio de las adversidades resisten y persisten emprendiendo proyectos e iniciativas para sanar los lazos rotos y evitar la repetición de los hechos ocurridos en la guerra.

Referencias bibliográficas

Barrera Lobatón, Susana (2014), "Consideraciones teóricas para el análisis del paisaje: la metodología de los eventos relacionales", en *Perspectivas sobre el paisaje*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Berque, Augustin (2009), *El pensamiento paisajero*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Centro Nacional de Memoria Histórica (2015), *Con licencia para desplazar. Masacres y reconfiguración territorial en Tibú, Catatumbo*, Bogotá, CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica y University of British Columbia (2013), *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para construir memoria histórica*, Bogotá, CNMH, UBC.

Cresswell, Tim (2004), *Place: a short introduction*, Oxford, Blackwell Publishing.

Fernández, Federico (2014), "El nacimiento del concepto de paisaje y su contraste en dos ámbitos culturales: el Viejo y el Nuevo Mundo", en *Perspectivas sobre el paisaje*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Semana.com (2007, 12 de agosto), "Cementerios de agua y piedra", disponible en: <https://www.semana.com/nacion/recuadro/cementerios-agua-piedra/130182-3>, recuperado el 20 de abril de 2018.

Stoler, Ann Laura (2008), "Reflections on Ruins and Ruination", en: *Cultural Anthropology*, 23(2). Disponible en: www.jstor.org/stable/20484502, recuperado el 2 de mayo de 2018.

Tuan, Yi-Fu (1977), *Space and place: The Perspective of Experience*, Minneapolis, University of Minnesota.

Vasco, Luis Guillermo (2002), *Entre selva y páramo. Viviendo y pensando la lucha india*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

En *Narrativas de la guerra a través del paisaje* los árboles, los cuerpos de agua, las ruinas, los puentes y los caminos de doce regiones del país aparecen en el centro de la discusión para relatar, por medio de la imagen, los sonidos y hasta los silencios, algunos episodios del conflicto armado.

El documento pone en diálogo los hallazgos del proyecto *Recorridos por los paisajes de la violencia en Colombia* que busca mostrar que los paisajes, más que escenarios contemplativos, son movimiento y relaciones y que en ellos es posible encontrar elementos para acercarnos a la memoria del conflicto, y aportar a las luchas de las comunidades por reparar las heridas tangibles e intangibles que produce la guerra.

ISBN: 978-958-5500-14-3



**GOBIERNO
DE COLOMBIA**



PROSPERIDAD SOCIAL



**Centro Nacional
de Memoria Histórica**